

La Revista Blanca



Colaboradores

Soledad Gustavo.
Luisa Michel.
Pedro Dorado.
F. Giner de los Rios.
Juan Gine y Partagas.
Pompeyo Gener.
U. González Serrano.
José Esquerdo.
A. Sánchez Pérez.
Fernando Tarrida.
A. Hamón.
Manuel Cossío.
Carlos Malato.

Miguel Unamuno.
Anselmo Lorenzo.
Fermin Salvochea.
Ricardo Mella.
Faime Brossa.
Ricardo Rubio.
Pedro Corominas.
Nicolás Diaz Pérez.
Nicolás Estévez.
Doctor Boudin.
Donato Luben.
P. Kropotkin.
Eliseo Recius.

Gerente

FEDERICO URALES

Administración

1—CRISTÓBAL BORDÍU—1

Madrid

RESURRECCION

OBRA DE CARACTER PURAMENTE SOCIALISTA

Dos tomos, elegantemente impresos, 2 pesetas.

En venta: Casa editorial Maucci, Barcelona

Biblioteca de La Revista Blanca

- LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.
- MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, dividida en tres tomos, á 2 pesetas uno.
- EL PROLETARIADO MILITANTE, por Anselmo Lorenzo, 3 pesetas.
- EL PROBLEMA SOCIAL, por P. Kropotkin, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo 20 céntimos.
- LEY DE HERENCIA, drama en cuatro actos, por Federico Urales, 1 peseta.
- HONOR, ALMA Y VIDA, drama en tres actos, del mismo autor, 1 peseta.
- LA ANARQUIA ES INEVITABLE, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
- LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS, por Ricardo Mella, 50 céntimos
- LA MONJA, por Diderot, 1 peseta.
- Colección del tercer año de REVISTA BLANCA, 4 pesetas.
- ¿QUE ES EL ARTE?, por Tolstoi, 1 peseta.
- EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD, por A. Lorenzo, 25 céntimos.
- CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGIA, por A. Pellicer, 75 cénts.
- ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA», para 1902, 60 céntimos
- ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA», para 1901, 50 céntimos.
- ALMANAQUE DE «LA QUESTIONE SOCIALE», para 1902, 70 céntimos.
- EL AMOR LIBRE, por Carlos Albert, 2 pts.
- DEL AMOR: *Metodo de acción y finalidad social*, por R. Mella, 50 céntimos.
- MEMORANDUM, por P. Esteve, 1 peseta.
- MEMORIAS, por León Tolstoi, 1 peseta.
- EL AMOR LIBRE, VI capítulo, por Carlos Albert, 35 céntimos.
- CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES, por P. Kropotkin, 1 peseta.
- EVOLUCION Y REVOLUCION, por Eusebio Reclus, 1 peseta.
- LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ, por Anselmo Lorenzo, 20 céntimos.
- DIOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakounine, 75 céntimos
- EVOLUCION Y REVOLUCION, por R. Mella, y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, tomo 10 cénts.
- SOBRE CIENCIA SOCIAL, por Félix B. Basterra, 20 céntimos.
- LA ESCLAVITUD MODERNA, por Leon Tolstoi, 1 peseta.
- LA MUERTE DE LOS DIOS, por Dmitri Merejkowsky, dos tomos, 1 peseta tomo.
- PALABRAS DE UN REBELDE, por Pedro Kropotkin, 1 peseta
- EL JARDIN DE LOS SUPPLICIOS, por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
- SEBASTIAN ROCH, (La educación jesuitica) por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
- IMITACIONES. LOS COSACOS, por León Tolstoi, 1 peseta.
- TRABAJO, por Emilio Zola, dos tomos, 2 pesetas tomo.
- EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure, dos tomos, 1 peseta tomo.
- AMOR Y LIBERTAD, por León Tolstoi, 1 peseta.
- LA VERDADERA VIDA, por León Tolstoi, 1 peseta
- LOS VAGABUNDOS, por Máximo Gorki.
- DICCIONARIO FILOSOFICO, por Voltaire, 6 tomos, 6 pesetas.
- COMPENDIO DE HISTORIA UNIVERSAL, por Clémencia Jacquinet, 2 pesetas.
- FUNDAMENTOS ELEMENTALES DE LA ANARQUIA, por E. Milano, 50 céntimos.
- LIBRE EXAMEN, por Paraf Javal, 25 céntimos.
- ANA KARENINE, por León Tolstoi, 2 tomos, 2 pesetas.

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año V—Núm. 94

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

15 de Mayo de 1902

—♦— SUMARIO —♦—

Sociología.—*La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*Ideas nuevas*, por Donato Luben.

Ciencia y Arte.—*La herencia psicológica morbosa*, por Ch. Ribot.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónicas de arte y de sociología*, por J. Pérez Jorba.—*La Luz* (drama), por Maurice Donnay y Lucien Descaeves.

Sección general.—*Jesús*, por Clemencia Royer.—*El derecho de amar*, Juana H. Caruchet.

S O C I O L O G I A

La evolución de la Filosofía en España

CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO VII

De los trabajos que Francisco Giner ha publicado referentes á la ciencia de educar, se deduce que procura, como él mismo indica, el cultivo de la energía física y moral, de la iniciativa y de la acción individuales, de la salud, de la vida sencilla y amante del campo, del respeto á la mujer, de la sinceridad del amor á todas las criaturas, de la pureza de costumbres, de la subordinación á la vida de toda función del entendimiento.

El resumen de esta orientación pedagógica determina otra orientación sociológica porque muchas de las ideas expuestas por Francisco Giner para que las adopte la pedagogía, son impracticables dentro del actual régimen social, y como que antes que el interés de una clase está el interés de la humanidad, los espíritus generosos no reparan en poner obstáculos morales y doctrinales á los que usufructúan la riqueza natural, productora y producida, en bien del mejoramiento general de la especie entera.

De aquellas consideraciones resulta la sociología pedagógica: sociología, porque modifica ó procura modificar el modo de ser de nuestras sociedades; pedagógica, porque educa las presentes y las futuras generaciones en una nueva vida física é intelectual, y altera profundamente el modo de ser moral del individuo, y por consiguiente, altera, no sólo el sentido social, no sólo la idea del bienestar, sino la posibilidad de que se realice una felicidad superior á la que se concibe hoy día.

Actualmente, por una consecuencia social, la primera materia de la pedagogía, que la componen los niños, y no los libros, es mala, muy mala. La mayoría de los pobres y de los ricos nacemos escrofulosos, anémicos, cardiacos, histéricos, neurasténicos, neuróticos, tuberculosos, hipocondriacos, impotentes, y nacemos, además, en estas malas condiciones físicas, dentro de un ambiente higiénico y moral insalubre en grado sumo. Por reglas de higiene y de moral, si es que nos tomamos la molestia de tener reglas de higiene y de moral, practicamos una serie de sandeces y de preocupaciones que, en lugar de mejorar,

empeoran el estado moral y físico que heredamos de nuestros padres y de las edades anteriores. Así somos pasto á propósito para nutrir y albergar en nuestro cerebro y en nuestro cuerpo toda clase de enfermedades.

¿Y cómo se mejora la condición de la especie nuestra? Para ello no basta la pedagogía, porque la pedagogía es, en último término, un remedio externo á nuestros males, á los males sociales; la pedagogía necesita la ayuda de la sociología, que es un remedio interno, un remedio que alcanza al niño antes de que sea concebido en las entrañas de la madre, puesto que mejora ya el esperma que ha de formarlo. La sociología, pues, y la pedagogía han de completarse. Mejorando, la una, el ambiente social, mejorando la vida de todo el mundo, mejora la salud de los que van á ser padres y los prepara para engendrar seres más sanos y fuertes. Mejorando, la otra, la educación, los sistemas educativos, mejora la salud moral y hasta, en general, mejora el estado del sistema nervioso, sistema que puede venir, á pesar de los beneficios de una sociedad justa, establecida por la sociología, algo quebrantado y enfermizo, por largos siglos de recargo y de trastornos morales. Claro ha de verse el complemento. Por eso, así como todo buen librepensador ha de ser socialista, porque ve en las tiranías económicas la opresión cruel que sufre el pensamiento, todo buen pedagogo ha de ser también adversario de la actual sociedad, individualista para todo lo malo, porque la opresión que para la pedagogía representan las leyes económicas y políticas, hacen de las humanidades un conjunto de hombres enfermos, creadores de niños enfermos, muy poco susceptibles de ser mejorados con la sola acción de la moderna pedagogía. La futura sociedad mejorará física y moralmente á los hombres, y éstos darán á la pedagogía una materia prima (los hijos), susceptible de ser mejorada aún. Cuando estos hijos sean padres, estarán mejor dispuestos que los suyos para engendrar seres sanos, fuertes y buenos, cualidades que casi siempre van juntas; y esta regla física y moral, absolutamente exacta, acompañada de la excelente cualidad que poseemos todos los hombres y todas las mujeres, estemos sanos ó enfermizos, de enamorarnos de los tipos más perfectos, más valientes, más abnegados, más gentiles, más heroicos, más hermosos, harán de nuestra especie, y á vuelta de pocas generaciones, una raza fuerte, una raza bella y una raza buena.

Entonces habrá hombres sobre la tierra, desapareciendo los decadentes, que esperan la venida del super-hombre; desapareciendo los sabios y los teólogos y los filósofos que siempre refunfuñan; desapareciendo las neurosis y el mal humor de los que antes que hombres son seres intelectualizados. Entonces vivirá el hombre en este mundo en completa salud, en completa posesión de la tierra y en completa libertad.

Por este lado izquierdo es por donde la pedagogía se convierte en sociología; por el derecho traspasa los límites que marcan la medicina y la patología.

Porque el pedagogo, y bien lo demuestra Francisco Giner en sus escritos, al encontrarse con un niño enfermo del sistema nervioso, se encuentra ante un caso patológico que le obliga á cultivar otra rama de la medicina, además de la higiene, si quiere cumplir con su deber y desempeñar con amor su cometido. Las enfermedades enumeradas antes, y otras de que no hemos hecho mención, convierten en caracteres defectuosos á casi todos los niños, acercándolos al tipo anormal, que se manifiesta con escasa voluntad, con debilidad de espíritu, con indolencia, con falta de memoria... en fin, con todas las condiciones propias de la anemia y del recargo nervioso, que constituyen la neurastenia.

Y esta pedagogía médico-sociológica es una nota nueva que los tiempos modernos, con sus múltiples problemas, imprimen en la filosofía de nuestro país, y que es preciso

tener en cuenta para los efectos de la evolución en general, porque conduce, como otras manifestaciones de la inteligencia humana, á la sociología pura y simple, con la complejidad, naturalmente, de los asuntos de orden moral, artístico y científico que componen esta novísima ciencia, y que, según nuestro parecer, constituye el resumen y el objetivo de todos los conocimientos humanos y de todos los adelantos que la humanidad ha realizado en el orden moral, en el orden físico, en el orden científico y en el económico.

Creyendo haber mostrado la figura pedagógica de Francisco Giner, el carácter de la pedagogía moderna, la relación que ésta tiene con la sociología y con la medicina y la nota que á la evolución de la filosofía en España dan todas estas cuestiones juntas, estudiaremos las otras fases individuales que el krausismo, en sus diversas manifestaciones, ha impreso en nuestro país.



Es menester recordar y tener en cuenta que el krausismo es, á su vez, una manifestación especial de la idea de Kant y que todos los krausistas reconocen en el autor de *Critica de la razón pura*, el colosal fundamento de su doctrina. Ahora bien, una de las condiciones más sobresalientes de Kant, fué el horror que le inspiraban los dogmas, sobre todo el religioso, porque era el más absorbente y represivo, y su espíritu rebelde contra todo lo que se presentaba como una finalidad absoluta. Así pudo surgir de Kant una generación librepensadora en el orden espiritual y una generación revolucionaria en el orden científico, que ya entonces empezaba á inclinarse hacia los problemas económicos. Hegel es discípulo de Kant en la línea directa que marcara Fichte; Bakunin lo es de Hegel en línea directa también, y los actuales anarquistas, aunque hayamos modificado varias ideas del maestro y purificado no poco su concepto proudhoniano de la política y de la democracia, somos al fin y al cabo discípulos de Bakunin. Esta es la orientación que podríamos llamar sociológica. En la orientación filosófica y metafísica, la evolución kantiana, por lo que se refiere á España, recorre la siguiente línea: Schelling, Krause, (1) Sanz del Río (como traductor é introductor) y Salmerón. Por eso Salmerón, que en lo político no se distingue por sus ideas radicales ó, mejor, que en lo político, por una falta de sentido práctico ó real, mezcla las ideas más radicales con las más conservadoras, en lo religioso y en lo metafísico y hasta en lo social, porque hay que estudiar las ideas que vierte en sus discursos, es un radical de superior calidad. Pocos como él á sus alturas dejan de bautizar á sus hijos y los casan civilmente. Véase en este detalle, y sólo por eso lo recordamos, la labor antidogmática de Kant, su principal maestro. El hecho en sí, no sólo representa la idea, representa la voluntad, que vale mucho más que la idea.

Vino Kant al mundo de la filosofía cuando las inteligencias estaban preparadas para despertar y emanciparse de la teología, gracias al renacimiento de las artes y de las ciencias. Y la metafísica no es más que una exageración del afán ó de la necesidad de pensar que sentían las almas al escapar á la opresión teológica. Antes el espíritu humano pecaba por carta de menos dentro de la tiranía á que estaba sometido. La fe y los misterios divinos vedaban al hombre problemas de todo orden, hasta de orden material. Al ser humano no le era permitido discutir más allá del límite marcado por los doctores de la teología, quienes, al hallarse con problemas que no podían resolver sin alterar profundamente las bases de su fe y de su religión, ponían un veto al pensamiento. De ahí provino un ahorro de fuerza cerebral, que al ejercitarse y desarrollarse libremente con la revolución

(1) Es de advertir que á Krause se le considera como un reformador de las ideas de Fichte y de Schelling, y en tal sentido se le estima idéntico; pero para nosotros, Krause tiene más de Schelling que de Fichte.

filosófica y religiosa y el libre examen, llegó á discutir, no sólo lo vedado antes por la teología, sino la esencia de cosas y de existencias cuya certeza y discusión para nada beneficiaban la vida humana. A este desbordamiento de la inteligencia se le llamó metafísica. De ella son hijas todas, absolutamente todas las escuelas filosóficas alemanas y aquellas que han surgido en otras naciones tomando por base ó por raíz los principios kantianos, tales como el krausismo en España, el hegelianismo en toda Europa y las doctrinas económicas, ó mejor, y la revolución económica que se deduce de no reconocer la existencia de Dios, única creencia que sostenía la justicia de la propiedad y por consiguiente la de los pobres, y la de la autoridad, y por consiguiente, la de las leyes; ni la de lo indiscutible y dogmático. Esta ha sido precisamente la obra de Kant. Kant negó el dogma, negó lo indiscutible, negó á Dios y se rebeló contra todo principio que sobre aquéllos se apoyaran. ¿Dónde fundar después la maldición divina, siempre habrá pobres en el mundo? Y vino la idea de la igualdad económica, como principio activo y militante, y con ella el socialismo.

Por eso si la metafísica como á tal, como amante de discutir problemas que no aportan nada al de la felicidad humana, poco cooperó al bienestar material de los hombres, como revolucionaria y excitadora de las inteligencias en el sentido de que pensarán, investigaran, deducieran, fué un excelente movimiento.

Grandes obstáculos se le presentan al que en España, con el escaso tiempo y la escasa inteligencia de que nosotros disponemos, se propone estudiar la orientación metafísica de la filosofía española, como una consecuencia de la de Kant y de la de Krause. El señor Salmerón, al igual que otros grandes oradores, escribe poco, y hay que ir donde él pronuncia discursos, para enterarnos de lo que piensa sobre aquellas materias. Se dará idea de las dificultades que encuentra el que quiere estudiar la nota metafísica que en España representa el Sr. Salmerón, explicando lo que ha pasado al que esto escribe. Lo primero que nos ocurre y debe ocurrir á todo el mundo cuando queremos conocer las ideas de un pensador, es ir en busca de sus libros. Este mismo procedimiento hemos intentado usar para con el Sr. Salmerón, pero nadie nos daba razón de las obras que dicho señor ha escrito. Preguntando á las personas que podían estar enteradas de lo que nos convenía sobre este particular, supimos que fué magistral el discurso que el Sr. Salmerón pronunció al doctorarse, basado precisamente en el krausismo. Este discurso, según aquellas mismas personas, hizo exclamar á uno de los jueces que constituyen el Tribunal de examen, partidario de las ideas escolásticas; «Detente, pensamiento mío». Tan notable oración fué impresa, al decir de los que me hablaron de ella, pero nosotros no tuvimos la fortuna de hallarla en ninguna parte, ni en la Biblioteca Nacional. En el *Resumen de Historia de la filosofía*, de D. José de Castro, se lee lo siguiente al hablar de la filosofía contemporánea: «N. Salmerón, expresidente de la República española y actualmente profesor de Metafísica en la Universidad de Madrid, ha influido mucho con sus lecciones y sus discursos. Mediante el influjo francés se ha alejado de Krause y aproximado al positivismo, que él llama Monismo. De él son: *Las leyes de la Historia* (1864), *Conceptos de la Metafísica* (1870), *Principios analíticos de la idea del tiempo* (1873)». Fué para nosotros un rayo de luz este descubrimiento, y segurísimos de encontrar aquellos libros en Madrid, principiamos á recorrer librerías y puestos de venta de libros viejos. Tiempo inútil; no pudimos dar con ellos.

Fuimos, por fin, como último recurso, á la Biblioteca Nacional, y los empleados, extrañándose mucho de nuestras pretensiones, pues ni tenían conocimiento de tales libros, nos dijeron, después de consultar mucho los índices y anotaciones, que en la Biblioteca

Nacional sólo había, del Sr. Salmerón, un epílogo en la obra *La emancipación del hombre*, del Sr. Sampere y Miguel. Tomamos nota de la obra y del nombre de su autor, y fuimos á reclamarla á los empleados que entregan los libros que se piden. En el primer tomo no había el epílogo, pero en la introducción se leía: «A pesar de que el Sr. Salmerón al final de esta obra hará unas conclusiones en forma de epílogo...» Devolvimos el primer tomo de *La emancipación del hombre* y pedimos el último; pero en el último tomo, aunque en la portada decía: «*La emancipación del hombre*, por Sampere y Miguel, seguida de un epílogo de D. Nicolás Salmerón», no pudimos ver el epílogo, y los empleados, á nuestras advertencias y razones, contestaron muy amables (caso raro tratándose de empleados públicos españoles), que la obra no tenía epílogo aparte, ni tomo más allá del cuarto dividido en dos, que representaban cinco. Se vieron los empleados de una y otra sección, registraron todos los tomos, y convencidos de que el epílogo no aparecía por parte alguna, se enmendó el índice de anotaciones, y nosotros marchamos de la Biblioteca muy disgustados de nuestra mala suerte.

Damos estas explicaciones á nuestros lectores para que las tengan en cuenta si notan que la parte dedicada á la metafísica contemporánea española derivada del krausismo es deficiente.

Por lo que sabemos del Sr. Salmerón y de lo que hemos oído á dicho señor, deducimos que hizo de la metafísica de Kant una obra disolvente en sentido antidogmático, como el autor de la doctrina, pero con los mismos abusos, también, del intelectualismo deductivo, apriorista, llegando al extremo á que han llegado todos los metafísicos racionalistas: á formar problemas con sólo el recurso del pensamiento, y que, como tales, únicamente en el pensamiento existían, no en la realidad de la vida.

Y esto ocurría, como hemos indicado antes, por una necesidad que sentían las inteligencias de discutirlo todo, de darse aquel placer moral que nace de la libertad que tenían para discurrir sobre todas las cosas del espíritu, y que sólo existían en esta propia existencia del espíritu mismo, del cual únicamente se sabe que el hombre le ha dado el ser con sus cavilaciones metafísicas, es decir, sutiles, fuera de todo experimento material, positivista.

Sin embargo, nos cuentan los que han hablado con el Sr. Salmerón de estas cosas, y nos indica F. Uberweg en su obra *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, del cual toma sus notas de filosofía contemporánea el Sr. de Castro, que el Sr. Salmerón, por el estudio de los positivistas franceses (Compte Littré, Laffite), ha inclinado su metafísica hacia el positivismo á la manera de Taine, pero no dándole carácter tan psicológico. Lo que sí hemos notado nosotros personalmente, es que las lecciones que da el Sr. Salmerón en la Universidad, aparte la índole puramente abstracta é intelectualista de todo problema metafísico, van envueltas en un medio ó un modo positivista que no puede ser llamado experimental, porque, según nuestro parecer, en metafísica no cabe experimento alguno, puesto que el experimento acabaría y acabará con toda metafísica, considerando como tal la idea que nace de la pura inducción intelectualista sobre los atributos y las causas del pensamiento. No obstante, hemos de confesar que vemos principios de cierta metafísica en todo principio ético, y vemos principios éticos en toda obra artística, filosófica y sociológica.

Así, pues, la metafísica de Kant, que ha pasado por la inteligencia de Krause, se manifiesta en España con toda su potencia librepensadora antidogmática y con alguna atenuación de orden positivista.

FEDERICO URALES

IDEAS NUEVAS

I

Sobre el derecho de propiedad.—Probable origen prehistórico de la propiedad bajo su forma primitiva.—El hombre, propiedad del hombre.—Fase feudal de la propiedad.

La historia de la propiedad es, naturalmente, tan antigua como la existencia del género humano.

Surgió el hombre en los misteriosos coitos sublimes de la vida universal, y al punto tomó posesión primitiva de cuanto halló á mano y estimó necesario á la conservación y desarrollo de su existencia.

Era muy natural que sucediera así. Nacida la criatura humana, derecho indiscutible tenía, *por el solo hecho de nacer*, á la libre apropiación y disfrute de todos los grandes elementos de vida puestos por la naturaleza, su amante madre, al libre alcance de sus manos. Y, en un principio, y durante sendos cientos de años, el hombre cazador, viviendo en la errantía salvaje de su estado primitivo, habitante infeliz, sucio y pestilente de los bosques umbrosos, de las pétreas cavernas ó de las flotantes cabañas lacustres, no ejerció otro dominio posesivo sobre las cosas de la tierra que el de mantenerse *al día* de las plantas y de las frutas silvestres, guarecerse bajo la fronda hospitalaria de los árboles milenarios y vestirse y adornarse con las pieles y con las plumas de los animales que á la sazón lograra capturar, aguzando su ingenio selvático de astuto antropiteco...

Pero el tiempo, el tiempo que todo lo madura, aguza y purifica; el tiempo, seleccionador y redentor, abrió brecha en el cerebro obtuso del selvático *antropisco*, hizo del hombre primitivo, semi-irracional y grosero, un sér pensador y sociable.

Inventóse el *hacha de sílex*, y al inventarse este instrumento de *trabajo, ofensa y defensa*, debió surgir también, en el *magín despierto de sus sagaces inventores*, la *idea de la propiedad privada*, en su forma embrionaria de aprovechamiento de las fuerzas del trabajo ajeno, como elemento seguro para aumentar y centuplicar la potencia productiva de las fuerzas propias.

Y entonces, reconociendo por sus ópimos resultados las excelencias del nuevo procedimiento, debió pensarse, lógica y naturalmente, en el establecimiento de la esclavitud; esto es, *en buscar quien se encargara de mover el hacha, á la fuerza y por la fuerza, por cuenta y para beneficio* de los propietarios del mágico artefacto de lucha y de trabajo.

Desde esta época prehistórica, entrevista por la intuición racional á través de las tinieblas de los siglos pasados, comienza la lucha cruentísima y horripilante en que el género humano viene empeñado por el *tuyo* y el *mito*. Y al estudiar, en su desenvolvimiento cronológico, las innumerables fases evolutivas por que, en el curso de los tiempos, viene pasando el derecho de propiedad, ofrécenos la historia todo el horrible proceso de las grandes infamias humanas que han asolado el mundo, pues que ni una sola de las injusticias tremendas, salvajes impiedades, guerras horribles y crueles venganzas humanitarias, en que se han diezmado constantemente los hombres y los pueblos, ni una sola ha dejado de perpetrarse en aras y para glorificación, honra y provecho de ese monstruoso *Moloch*, denominado *Propiedad*, en cuyos brazos candentes, exterminantes y disolvedores, perecieron abrasados y estrujados los parias infelices de todos los siglos y los viriles justicieros de todas las edades...

Primitivamente, el hombre fuerte y astuto, en su afán de explotar las fuerzas y de disfrutar de los servicios del hombre sencillo y apacible para vivir holgado y respetado, esclavizó á sus semejantes, obligándolos á la realización del trabajo forzado, y á vivir, por lo tanto, en la fría abyección del servilismo.

Hízose, pues, el *hombre propietario del hombre*, y el pobre ilota, el esclavo infeliz y desgraciado, en Egipto como en Grecia, en Roma como en Cartago ó en Constantinopla, era vilmente considerado y tratado como *ser inferior, insensible é indigno, ser semi-irracional*, á quien los señores excelsos, los aureos pontífices, los nobles patricios y los tiranos de todas las categorías sociales, podían ultrajar cuanto quisieran y hasta privarlos de la vida, si, por acaso, tal se les antojara.

Las leyes, las sabias leyes escritas, con sus prohibiciones irracionales y sus tremendos castigos *protectores*, solamente se cuidaban de amansar los justos anhelos regeneradores de libertad é independencia en que se inflamaban é inflaman constantemente los angustiados corazones de los oprimidos.

El paria esclavizado, no sólo ara la tierra, teje los lienzos, forja el hierro y construye las fortalezas guerreras, si que también arrastra el carro triunfal de los reyes y los magnates, sirve de histrión en los palacios de los grandes señores, divierte en las sangrientas gladies del coliseo romano á la turba patricial y levanta sobre sus lacerados hombros de gigante las gloriosas piedras del *Parthenon* portentoso, para recreo, dicha y contento de los griegos libres dedicados á la guerra, al cultivo de las ciencias y de las letras y al *noble sport de los juegos olímpicos*.

La costumbre infame de esclavizar el hombre al hombre, tomó, como era consiguiendo, gran incremento mientras esta forma de poseer constituyó la más segura, eficaz y productiva de las riquezas, á cuya posesión privativa pudiera aspirarse legalmente. La guerra era entonces el medio más seguro, rápido y *económico* de reunir esclavos y medios para sostenerlos en abundancia; y al efecto comenzaron las guerras feroces y los grandes exterminios, para dar pábulo á la esclavitud y al vasallaje, vasallaje y esclavitud que imponían á los pueblos vencidos, con bárbara crueldad espantosa, las salvajes milicias vencedoras. Lúchase hoy día por monopolizar los mercados, *expropiar ricas minas* y ejercer hegemonías arbitrarias sobre mares y continentes, y en la antigüedad, el botín más preciado de las guerras, constituanlo los prisioneros. A estos infelices, á los vencidos, solíanse reducir á esclavitud perpetua; esto es, eran condenados á trabajar, mientras tuvieran un solo soplo de vida aprovechable, *para sus amos y señores*, y á soportar pacientes, *sin derecho á protestar*, la servidumbre y la abyección.

Los esclavos estuvieron considerados como un rebaño servil, como algo así muy semejante á la manada de mansos corderos inconscientes á quienes el dueño esquila y degüella cuando tal le conviene.

Señor hubo de regia prosapia que, para calentarse los pies cuando se los sentía fríos, hacía abrir el vientre á uno ó á varios de sus esclavos; y allí, en el abierto vientre de sus semejantes infelices, introducía sus *sagradas pezuñas soberanas, en busca de calor*, el monstruo humanicida.

Las leyes, las *divinas leyes escritas*, no solamente no castigaban á los perversos señores que extremaban, en tales y tan increíbles términos, sus brutalidades y sus sevicias, sino que los estimulaban á su perpetración procurando fortalecer los derechos del señor y dejando en completo abandono é indefensión absoluta á los infelices esclavos.

Lease, si no, *Los Digestos* (y hasta las mismas *Decretales*), y allí se verá cuán cierto es cuanto acabamos de afirmar.

En todo el cuerpo legal del infuso y bárbaro *derecho romano*, no hallaréis ni siquiera *dos disposiciones justas* que, directa ó indirectamente, tiendan á poner algún prudente freno en los enormes abusos de que los señores y los déspotas solían hacer, con escandalosa frecuencia criminal, víctimas á sus esclavos infelices. Todo se vuelven en los Códigos romanos medidas de rigor contra los esclavos *fugitivos*, contra los esclavos *ingratos á sus señores, inobedientes ó rebeldes*.

Y es lógico que sucediera así. El esclavo era en Roma considerado como un *objeto de propiedad semoviente*, que figuraba en los inventarios de riqueza y en las cláusulas testamentarias, junto al caballo de combate, al apero de labranza y á la finca rústica ó urbana.

El esclavo, pues, en su condición de propiedad semoviente, vendible y transferible, pertenecía, *en cuerpo y en alma*, á su poseedor legal, y no era *justo*, por tanto, privar al propietario de esclavos de la libertad de que, en igualdad de circunstancias, gozaran los propietarios legales, dueños de manadas de caballos, de vacas ó de cerdos.

Poseer hombres era una cosa tan natural y tenida por justa en la época antigua, como lo es hoy día la circunstancia de poseer fincas ó atesorar caudales.

Tan justo, natural y honrado suponíase en los tiempos antiguos el derecho de poseer seres humanos en calidad de esclavos, que en Roma la patria potestad extendíase hasta el absurdo irracional de estar los padres legalmente facultados por la ley para poder vender á sus hijos públicamente, si es que tal se les antojaba.

Los mismos *textos sagrados*, la *Santa Biblia*, obra que se supone inspirada á sus santificados autores por el propio Dios padre, todopoderoso, justo y omnisciente, sancionaron y legalizaron, como la cosa más justa, natural é incommovible del mundo, la existencia de la esclavitud.

La posesión privativa del hombre por el hombre, y como esclavo del hombre constituyó, durante muchos siglos, la principal riqueza posesiva de que disponían á su antojo los propietarios, los reyes, los guerreros, los nobles, los obispos, los clérigos y hasta los propios monjes. Existen documentos antiguos, de cuya autenticidad no puede dudarse. en los que es cosa fácil comprobar la gran infamia sacrilega de que las iglesias cristianas, durante mucho tiempo, estuvieron dotadas, para su sostenimiento y esplendor, *con cierto número de esclavos*.

En el libro V del *Fuero Juzgo*, dispónese por su ley 5, título 1.º, *que todas las iglesias parroquiales de España, debían estar dotadas (y lo estuvieron) con ciertas propiedades y esclavos, cuyo número (el de los esclavos) no debía bajar de diez, y que los obispos percibieran las tercias de sus productos, pero con la obligación de costear los gastos que ocasionaran las reparaciones de dichos templos*.

Conviene hacer constar aquí, que esta ley, como tantas otras del *Fuero Juzgo*, está tomada casi literalmente del *Concilio toledano XVI*.

¡Y luego los clérigos y reaccionarios jesuíticos tienen todavía la desfachatez de asegurar formalmente que Jesucristo vino á redimir y que redimió á los hombres!...

La vida de los esclavos era siniestramente triste; vida de manada, bestial, sin afecciones, alegrías ni dulces esperanzas redentoras. Se les *echaba á cubrir las hembras cuando así lo determinaba el señor, para aumentar el rebaño*, ya que los hijos de los esclavos, como los hijos de la vaca, pertenecían al amo *por derecho propio*, y el señor, en la omnipotencia bestial de su absoluto poder de propietario, podía, si tal lo deseaba, folgar alegremente cuanto quisiera con sus esclavas.

Los mismos siervos que en la Edad Media hacían una vida algo más libre é indepen-

diente, pues que no se hallaban condenados á convivir en las estrecheces de cuadra inmundada del cubículo romano, estaban, sin embargo, obligados á pagar á los señores feudales el tributo de *honor sexual*, denominado en Castilla y en Aragón *derecho de pernada*, y *firma de espolio forzado*, en Cataluña.

El comercio de hombres, la venta en *público ferial* de esclavos humanos, ha sido, durante largos siglos, la base de operaciones de los grandes capitalistas.

En Roma, en la Roma *divinizada* de los Césares y de los papas, los esclavos lo hacían y producían todo, y hasta se les destinaba, para solaz de la nobleza y lucro de amos poco escrupulosos, al *oficio de gladiadores*, obligándoseles infamemente á recrear los salvajes instintos feroces de la turba patricial, muriendo *gallardamente* en las arenas del circo y en lucha horrible con las fieras.

¡Qué mucho, pues, que los esclavos se insurreccionaran en Cápua y que, al mando del bravo Espartaco, pusieran en grave aprieto á los romanos libres!

••

En las páginas de la Historia puede leerse entre líneas el valor social del esclavo; todos los hombres libres operaban sobre él para elevarse á las supremas alturas del poder y de la riqueza.

A lomos de los esclavos fueron llevadas las enormes piedras que constituyen la fábrica ciclópea de las célebres *pirámides de Egipto* y sobre el *hombre propiedad* alzóse arrogante toda soberanía, grandeza, esplendor y poder, majestad, civilización y riqueza.

La esclavitud propiamente dicha, en su forma más miserable, brutal y monstruosa, ha llegado hasta casi las postrimerias del siglo XIX, en los países llamados civilizados; y muchos de esos opulentos millonarios que pasean el mundo cubiertos de honores y exparciendo por doquiera fragancias de grandeza, han hecho *sus enormes fortunas en América con la trata de ébano vivo*, comprando y vendiendo negros en el Brasil, ó explotándolos *honradamente, bajo el látigo del mayoral, en los ingenios de Cuba*.

* *

Los progresos de la inteligencia humana, en su lento marchar ascendente, provocando rebeldías tremendas y grandes revoluciones reformadoras por todo lo tradicional y opresivo, dieron poco á poco al traste con la esclavitud, emanciparon al hombre de su triste condición de objeto comerciable, transferible y heredable, y consiguieron al fin el mejoramiento sensible de las perniciosas condiciones sociales en que á la sazón se desenvolviera la existencia humana, vaciando en nuevos moldes la antigua concepción disparatada del derecho de poseer privativa y legalmente.

En la época feudal, durante el largo periodo histórico de la reconquista, toma en España una nueva forma el derecho de propiedad; y, como el país hispánico hallábase á la sazón empeñado en lucha permanente con los sarracenos, la fuerza militar beligerante es la encargada de la acaparación de la gran propiedad territorial y urbana, reconquistada á nombre y para engrandecimiento de las coronas de Aragón, Castilla ó Navarra, respectivamente.

Dueños los reyes de los territorios reconquistados, disponían á su antojo de la propiedad territorial y hasta de la urbana, regalando á los nobles y á los guerreros, á los clérigos y á los amigos y parientes, ricos y dilatados feudos, feudos que, vinculados en las familias poderosas, llegaron á ser transmitidos, por medio de la *testamentificación*, de padres á hijos, de hermanos á hermanos, y hasta de tíos á sobrinos, produciéndose así la infelicidad del Estado y la degeneración moral é intelectual de los hombres.

Bajo este régimen, bajo el bárbaro régimen feudal, todo era pechar y más pechar personalmente. El propietario medioeval, bárbaro é inculto jefe de la mesnada, explotaba de un modo en demasía oneroso y vilipendiador á los vasallos, sobre los que ejercía dominio absoluto, tan absoluto como el ejercido sobre las tierras que constituían el feudo dominado por su almenada bicoca.

La Edad Media se distinguió por el afán desmedido que los propietarios y gobernadores feudales ponían en el embargo y secuestro legal de la personalidad humana. Para los siervos todo se volvían prestaciones personales é imposiciones de servilismos en forma de *fofnaderas, obrerizas, facenderas, sernas ó jornales forzados y sin retribución*; en una palabra, embargos de la personalidad para explotar sus servicios y sus esfuerzos de trabajo. Y mientras al siervo se le gravaba la propiedad de que no era dueño, con la imposición de grandes obligaciones personales, censarias y tributarias, vivían los señores y los clérigos tan ricamente, disfrutando felices de todas las franquicias inherentes á su posición despótica, dueños parasitarios de dilatados feudos, de extensísimas propiedades *abadiales*, en la *behetria* feliz de la preponderancia más absoluta.

El señor feudal lo podía todo, llegando en su increíble osadía, hasta imponerse á la realeza, como es fama que se impuso el valiente Cid, el héroe tan decantado D. Rodrigo de Vivar. Los señores feudales fueron los amos despóticos de la nación española, hasta que el famoso cardenal Cisneros supo poner freno á sus osadías procaces é insufribles.

Las barras, los cuarteles y las calderas de sus escudos de armas, valían mucho más que todos los trabajos, desvelos, heroísmos y cívicas virtudes de la valiente y laboriosa *gente pechera*.

El siervo, el *bucelario*, el hombre esclavo, en fin, no podía en la época medioeval disponer de sí mismo, dedicarse á esta ó la otra profesión, ni cambiar de comarca ó simplemente de domicilio, ni siquiera casarse sin la previa licencia del señor. Porque, durante la Edad Media, el hombre siervo, indirectamente, merced al complicado intríngulis de un *patrocinio leonino*, formaba parte de las posesiones del déspota feudal y nada le era dado hacer, ni aun siquiera *pensar*, si al efecto no se hallaba para ello autorizado de antemano por el tirano de su mesnada.

Cierto es que al señor feudal no le era lícito vender al hombre-siervo, como antes podía hacerse con el hombre-paria; pero estaba facultado para retenerlo contra su voluntad, y por la cosa más nimia podía el llamado *caballero de horca y cuchilla*, azotar á los hombres de su mesnada ó ahorcarlos, si es que tal le convenía.

*
**

La idea de la apropiación privativa de las riquezas territoriales como medio seguro de disponer en absoluto de las fuerzas y de los servicios del hombre carente de medios de vida, sin propiedad ni capital, al iniciarse la muerte de la esclavitud en su forma directa, fué arraigándose poco á poco en el sutil cerebro de los antiguos explotadores. Vieron éstos que el hombre-esclavo se disponía briosa y decididamente á proclamarse libre, y entonces comenzaron—como queda dicho precedentemente—su labor de acaparamiento y absorción, sin reparar en medios y recurriendo, las más de las veces, al despojo por la violencia.

La guerra que, como quedá indicado, en un principio sólo se hacía para desbalijar y cautivar á los vencidos, hácese luego para conquistar territorialmente los pueblos y en sanchar así, violenta é inhumanamente, tras de llenar el suelo conquistado de ruinas y de muertos, la potencia posesiva y dominadora de los conquistadores.

Primeramente guerreaban los hombres unos contra otros, simplemente por el botín y la captura de los vencidos, á los cuales se les solía someter á esclavitud; luego la cuatrera militarista organizada, invocando *el santo nombre de Dios y de la patria*, entraba á sangre y fuego en todas partes, para apoderarse de la propiedad del suelo y del subsuelo, y por último, más tarde, cuando el progreso civilizador, en su lento marchar hacia adelante, dió origen al *período legislativo*, vino el final obligado: los que nunca habían respetado más leyes ni otros derechos que la barbarie de la fuerza victoriosa y el atropello brutal y sanguinario erigido en principio de toda razón, los despojadores profesionales, en fin, sintiéronse de repente legalistas, muy legalistas, archilegalistas, y para garantir la legitimidad de las riquezas, propiedades y privilegios adquiridos violentamente, por la fuerza de las armas, en tremendos combates humanicidas, tras dotarse sabiamente de sendas personalidades jurídicas, escribieron códigos y promulgaron constituciones á granel.

La fuerza de las armas, el hierro humanicida fué la base de la gran propiedad arrancada violentamente de las manos del trabajo.

Leed, si no, la Historia, hombres valerosos, de espíritu recto y sereno; repasad reposada y cuidadosamente sus anales fatídicos, y pronto os convenceréis, los que no lo estéis ya, de la grave verdad indiscutible entrafñada en el párrafo precedente.

Es un hecho irrefragable, triste, horriblemente irrefragable; en todas las épocas históricas la razón posesiva arranca de los horrores del despojo guerrero, del brigandaje militarista, del crimen organizado, de la violencia armada, en fin.

O en otros términos: Las guerras obedecieron, obedecen y obedecerán siempre, ineludible y fatalmente siempre, al loco afán colectivo que devora á los mandarines de los pueblos de apoderarse de los bienes ajenos.

Suprimase la propiedad en su aspecto legal, acaparable y privativo, y habremos acabado de un solo golpe con el terrible azote de la guerra. Mientras de tal suerte no se proceda, de nada, ó para muy poca cosa, servirán los gritos y lamentaciones que la humanidad dolorida lance en demanda del desarme universal.

Lo que se constituyó por la fuerza de las armas, sólo la fuerza de las armas es capaz de mantenerlo en auge. Y que el régimen capitalista es obra de la violencia, nadie puede dudararlo.

Hoy mismo, la guerra entre ingleses y boers, guerra inicua como todas las guerras, y como pocas, descaradamente despojadora, no obedece á otros móviles que á los del vehemente deseo en que arden los soberbios millonarios británicos de apoderarse de las ricas minas de oro enclavadas en el Transvaal.

Háblasenos con gran énfasis de la incommovible legalidad del principio fundamental y jurídico sobre que descansa el derecho de propiedad tal cual hoy se entiende y practica, y no se tiene en cuenta para nada que el tan decantado derecho (*derecho demasiado torcido*), no emana directamente del trabajo, único fundamento legal en que, á nuestro juicio, debiera el derecho de propiedad apoyarse, sino de una serie, no interrumpida hasta la fecha, de despojos vandálicos y fechorías salvajes, *regularmente sancionados* por la bárbara razón de la fuerza, de esa fuerza guerrera organizada por los grandes detentadores soberanos para dedicarse *profesionalmente* al libre ejercicio, *honrado* y hasta glorioso, de la usurpación y el desafuero.

Pueden, pues, los legalistas cantar cuantas entusiásticas loas tengan por conveniente en honor de la justicia histórica, ensalzando, con todo género de elocuentes garrullerías, las excelencias del régimen capitalístico, autoritario y detentador en que vivimos muriendo.

do, aplastados bajo el peso abrumante de todos los desafueros, opresiones y miserias que gravitan sobre nosotros, porque estamos seguros, segurísimos, con la más cierta de las seguridades de que, por más que los sabios tartufos y los juriconsultos bartolistas se afanen y desvivan en dorar y pulir cuidadosamente la *dulce píldora del legalismo al uso*, en definitiva nada práctico conseguirán contra la evidencia meridiana, entrañada en la verdad histórica, incontestable é indestructible, de que el *despojo, legalizado por la imposición de la fuerza guerrera victoriosa, fué el medio práctico* de que se valieron los grandes usurpadores para la acaparación privativa de sus enormes riquezas y privilegios estupendos.

La guerra, la violenta guerra exterminadora y cruel, injusta y salvaje como lo es, indisputablemente, toda función de muerte; la guerra impía é inhumana, determinando con la victoria la inmunidad inviolable de los vencedores y, por tanto, despojadores y verdugos de los vencidos, sancionó en todo tiempo el derecho de propiedad en los territorios conquistados ó sometidos.

Las razas belicosas, ahí está la Historia para comprobarlo, dedicáronse siempre á vivir honrada y gloriosamente, con la honradez gloriosa del baratero, á expensas del botín de guerra arrancado (*robado*) á viva fuerza, violentamente, de las manos de los pueblos pacíficos y laboriosos.

La guerra despojadora, hecha, casi siempre sin otros móviles que los de robar y escarnecer á los vencidos, fué el *único oficio* á que, durante sendos siglos de agresión y barbarie, dedicáronse, *con honra y provecho*, multitud de pueblos y de razas. Griegos, cartagineses, romanos, godos y sarracenos estuvieron largos siglos empeñados en la rapante labor inmoral de desbalijar el mundo.

Las numerosas legiones armadas acaudilladas por todos *los grandes capitanes* que, desde Jerjes hasta Napoleón I, se han venido sucediendo en el largo curso de los siglos, á nuestro humilde juicio, no supusieron ni fueron otra cosa que la fatídica acumulación guerrera de enormes masas de hombres más ó menos perfectamente organizados, uniformados y disciplinados para *ejercer libremente*, escudados bajo el *glorioso sobrenombre de ejércitos*, la cuatrería y el brigandaje é imponer á los hombres laboriosos y honrados el yugo de la esclavitud.

Todos los conquistadores procedieron de igual suerte. Su misión, su bárbara misión inmoral y funesta, era realizar violentamente el despojo de los vencidos y convertirse después en propietarios *legales* de todo lo adquirido violentamente. Para esto contaban con el auxilio de las leyes, leyes que ellos mismos confeccionaban, promulgaban y se encargaban de hacer cumplir á las infelices víctimas de sus latrocinios y de sus desafueros.

Los propios godos, que en la Germania despreciaban la propiedad rural, cuando cansados de su azarosa vida aventurera de mercenarios al servicio de Roma, decidieron al fin establecerse en España, imitando en todo á sus antiguos señores, los romanos, rompieron por todo y se hicieron propietarios de las riquezas hispánicas, despojando para ello, como era consiguiente, á los sometidos propietarios peninsulares, de la *mayor y mejor parte* de sus propiedades, tanto rústicas, como urbanas y aun pecuarias.

Bien pudo, pues, proclamar muy alto el valeroso y eminente Proudhon, la gran verdad de que el derecho de propiedad fundábase en el despojo violento y sobre las infamias de la explotación, para venir á parar, por último, en la conclusión obligada, lógica é incontrovertible, de que la propiedad que tiene por base originaria la violencia y la explotación, *es, realmente, un robo*.

Así es, en efecto; en la usurpación, en el despojo y en la violencia descansan, sobre bases sofisticas, los cimientos jurídicos de las vigentes legalidades. Pero no llaméis, no,

vosotros los hombres de conciencia recta, no llaméis *despojadores* á los capitalistas y á los propietarios, no sea cosa que si tal osais, si os atrevéis viriles á fustigar á los reyes y á los magnates, y á repetir, con San Basilio, la *tremenda verdad sacrilega de que el rico es un ladrón*, os salga al paso algún fiscal quisquilloso y malhumorado que os procese y encarcele y mande, por último, al presidio, por atentar díscolamente contra los fundamentos sociales, ultrajando la angusta majestad incommovible de las leyes escritas.

Seamos, ante todo y sobre todo, *prudentes y correctos*, y no nos acostumbremos viciosamente á la infausta manía de llamar á las cosas por sus nombres propios y verdaderos, pues que la pulcra sabiduría en boga, la *gran sabiduría mediocre* y cretinista, consiste en eso precisamente: esto es, *en saber amoldarse á las circunstancias con la misma facilidad con que se amolda el agua á las formas de la vasija que la sirve de continente.*

DONATO LUBEN

CIENCIA Y ARTE

La herencia psicológica morbosa

III

Si pasamos á la enajenación mental propiamente dicha, los documentos que demuestran su herencia aumentan. La transmisión se hace bajo forma parecida, ó por metamorfosis.

La herencia de semejanza es la menos frecuente, sin ser rara. He aquí algunos ejemplos. Como no hay universalmente admitida ninguna clasificación de las enfermedades mentales, nos limitaremos á los tipos principales.

Ante todo, una palabra sobre las alucinaciones. La *alucinación* se produce bajo dos formas principales: ó bien es el resultado del automatismo de los centros nerviosos, y es compatible con la razón más perfecta; la alucinación no va acompañada del error del juicio, está reconocida como una ilusión; el alucinado no es de ningún modo su juguete. O bien es completa, y entonces el enfermo cree en la realidad objetiva de sus percepciones imaginarias y obra en consecuencia; bajo esta forma tiene un primer síntoma de locura. La alucinación es hereditaria en una ó en otra forma.

«Se puede establecer, dice Brierre de Boismont, por la estadística, el poder de la herencia sobre las alucinaciones, porque en el mayor número de los casos van acompañadas de locura. Para apreciar mejor este influjo, se necesita estudiarlo en individuos que no tengan más que alucinaciones simples, y en los monomaniacos alucinados, que presentan una forma de locura muy ligera. Es indisputable que se observa con bastante frecuencia en los hijos de aquellos que han presentado esta doble condición.»

Uno de los mejores ejemplos de alucinación hereditaria (sin enajenación) ha sido descrito por Abercrombie. «He conocido, dice, un hombre que ha estado asediado toda su vida por alucinaciones. Esta disposición es tal, que si encuentra un amigo en la calle, no sabe al principio si ve á una persona verdadera ó á un fantasma. Con mucha atención

encuentra diferencia entre ellos. En general, corrige las impresiones visuales, tocando ó escuchando el ruido de los pasos. Este hombre está en la fuerza de la edad, *sano de espíritu*, con buena salud y engolfado en los negocios. Otra persona de la familia tuvo la misma afección; pero en menor grado.»

En el hospital de Lyon había un hombre atacado al mismo tiempo de la alucinación del gusto y del olfato; perseguido por olores y sabores infectos, pasaba horas enteras limpiándose la nariz y escupiéndolo. Su padre había muerto en el mismo hospital de manía con alucinación.

Recordemos también la célebre *Visionaria de Prévost*, Federica Hauffe, cuya historia ha contado Kerner, y cuyas visiones ha recogido. Esta facultad de «conversar con los espíritus» era común á la mayor parte de los individuos de la familia Hauffe. Su hermano, sobre todo, la poseía, aunque en menor grado y sin la complicación de los fenómenos de éxtasis y de catalepsia de la visionaria.

En cuanto á las alucinaciones acompañadas de locura, no hay ocasión de estudiar separadamente la transmisión.

Una forma de monomanía desaparecida hoy, ó al menos muy rara, pero que hace tres siglos era todavía muy floreciente, es la de posesión, ó *demonomanía*. En nuestros días, estas historias nos parecen más bien un sueño; pero en el tiempo en que sucedieron, aparte del mundo de las novelas, en que eran una realidad cruel y absurda, en que la posesión era un crimen que tenía sus tribunales, su código de procedimientos, sus suplicios, esta afección mental, calificada entonces de sobrenatural, se transmitía por la herencia.

Los demonógrafos están unánimes en decir que de generación en generación los miembros de una misma familia estaban entregados al diablo ó eran hechiceros. Dos grandes autoridades sobre esta cuestión, Bodin en su *Demonologie* y Sprenger en su *Marteau des sorciers*, presentan casi siempre este principio como regla sin excepción. Bodin decía: «Padre ó madre hechiceros, hijos é hijas hechiceros.» Sprenger aconsejaba que se preguntase siempre con sumo cuidado á los culpados *si ex consanguinitate sua aliqui propter maleficia, fuissent dudum incinerati, vel suspecti habiti*, porque la hechicera infesta de ordinario la raza entera. Los culpables eran los primeros en reconocerlo.

Se puede relacionar con la demonografía las coreas epidémicas de la Edad Media, que, según testimonio de los autores del tiempo, eran hereditarias en algunas familias. Del mismo modo los convulsivos del siglo XVIII: en la epidemia de éxtasis, mezclada de convulsiones, que se declaró en los protestantes de las Cevenas, se vió á niños de cuatro y cinco años, y aun de dieciocho meses, atacados del mal común. La simpatía, el contagio nervioso, contribuían ciertamente á la producción de este fenómeno; pero no se puede dudar de que la herencia, para una gran parte, fuera la productora.

La lipemania, dice Esquirol, es con la mayor frecuencia hereditaria: los lipemaniacos nacen con un temperamento particular, el temperamento melancólico que los dispone á la lipemania.

Se citan numerosos casos de familias cuyos diversos individuos están atormentados con la idea fija de que se les quiere matar ó envenenar. Una lipemaniaca de cuarenta y dos años, fué conducida á una casa de salud, en la que murió; se averiguó que su abuelo había estado loco, su madre loca, y que su hijo, de apenas quince años, ofrecía ya signos de lipemania.

En 482 casos de esta enfermedad, Esquirol ha notado 110 hereditarios.

La *manía* consiste en un desorden completo de las facultades intelectuales y efecti-

vas. «El maniaco, dice Esquirol, vive como en el caos. Sus propósitos desordenados y amenazadores acusan lo perturbado de su razón, sus acciones son malévolas, trata de desarreglarlo y destruirlo todo, está en guerra con todo el mundo.»

La herencia de esta afección mental es muy frecuente: según cifras determinadas por Esquirol, la mitad de los casos, próximamente, es hereditaria. En la Salpêtrière, en 220 casos, ha notado 88 veces la transmisión hereditaria; y, en su establecimiento, en 152 ha notado 75 veces.

Las enfermedades mentales de que nos falta hablar, representan las formas extremas de la degeneración intelectual: éstas son la demencia, la parálisis general y el idiotismo.

La *demencia* y la *parálisis general* son la terminación habitual ó principalmente posible de todos los géneros de locura. Su transmisión hereditaria no constituye, pues, propiamente, un caso particular que deba ser examinado aparte. O bien la demencia de los ascendientes se reproduce en los descendientes bajo la misma forma y próximamente á la misma edad. Esquirol la ha visto aparecer, desde los veinticinco años, en un joven escultor cuya familia estaba atacada de esta enfermedad. O bien la locura de los padres se metamorfosea y llega á ser en los niños demencia ó parálisis general. Así se ve que individuos, nacidos de padres que han estado atacados de enfermedades mentales, llegan hasta los cuarenta ó cincuenta años de edad, sin haber dado señales notables de enajenación mental, y caer en un estado de demencia sin causas aparentes y aun inopinadamente.

En los *idiotas* y los *imbéciles*, la actividad mental ha sufrido tal detención en su desarrollo, que algunos han tomado los hábitos de puro animal. Esta enfermedad es incurable, porque para conseguirlo, se necesitaría volver á hacer otro cerebro. Según una palabra ingeniosa de Esquirol, el demente es un rico que ha llegado á pobre; el idiota, un pobre que no llegará nunca á la riqueza.

Siendo lo más frecuente que el apetito sensual de los idiotas esté muy desarrollado, originando una fecundidad desventurada, la herencia del idiotismo es fácil de comprobar. Se cita bastante número de casos de herencia *directa*. Así Esquirol ha visto en la Salpêtrière una idiota que no tuvo más que tres hijos, dos hijas y un hijo, *todos tres idiotas*. Pero el idiotismo parece transmitirse más bien bajo la forma *colateral*, ó bien en línea directa, pero desapareciendo en una ó dos generaciones. Haller fué el primero que lo observó en dos familias nobles, en las que el idiotismo se había declarado un siglo antes, y vió cómo se manifestaba todavía en la cuarta y en la quinta generación. En nuestros días, Séguin, muy competente en este estudio, hace la misma observación: «Jamás he tenido que cuidar, dice, que yo sepa, á un idiota hijo de idiota ni aún hijo de imbecil, mientras que he llegado con frecuencia á conocer ó á ver en la familia de uno de mis discípulos una tía, un tío, muchas veces un abuelo, atacado de idiotismo, de locura ó de imbecilidad por lo menos.»

IV

Desde que no se distingue con claridad la herencia de la semejanza, la transmisión de los desórdenes mentales llega á ser un hecho vulgar que, para encontrar ejemplos, basta con abrir casi al azar un libro sobre la locura ó investigar los antecedentes de un enfermo cualquiera en un asilo. Así ya no indicaré más que algunos casos, limitándome á aquellos en que la herencia está elevada á la mayor potencia.

Existen familias cuyos individuos, con raras excepciones, están todos atacados de locura de la misma especie. Tres parientes entraron á un tiempo en el hospital de locos de Filadelfia. Se ha visto en el Asilo del Conecticut, un loco que era el undécimo de su familia. Lucas habla de una señora que era la octava. Frecuentemente este mal se declara á la misma edad en las generaciones sucesivas. Toda la descendencia de una familia noble de Hamburgo, notable desde el bisabuelo por sus grandes talentos militares, era á los cuarenta años atacada de enajenación: no quedó más que un solo vástago, oficial como sus padres, á quien el Senado impidió que se casara: á la edad crítica perdió la razón.

Un octogenario, conocido de Trousseau, fué atacado á los sesenta y cuatro años de manía melancólica, y curó. Tuvo dos hijos y una hija. El hijo mayor fué cuerdo, pero de un carácter triste. El menor murió loco; tuvo un hijo sano de espíritu, el que á su vez tuvo otro que fué idiota.—La hija, poco inteligente y extravagante, tuvo dos hijos: uno murió loco, el otro es casi idiota.—Un nonagenario tuvo una hermana que se volvió loca á los treinta años, dejando un hijo y una hija. El hijo fué epiléptico, y la hija murió loca, dejando un hijo que presenta ya perturbaciones notables de la inteligencia.

M. G. Doutrebente, en su *Etude généalogique sur les aliénés héréditaires*, ha recogido hechos muy curiosos. Nosotros no citaremos más que dos que demuestran la herencia morbosa en toda su fuerza, porque es «con factores convergentes», el padre y la madre, obrando uno y otro en el mismo sentido.

Primera generación.—Abuelos atacados de herencia morbosa.

Segunda generación.—Padre epiléptico con crisis frecuentes, seguidas de coma y de pérdida momentánea de la memoria.—Madre estrábica y sorda.

Tercera generación.—Doce hijos, cuyos caracteres son los siguientes; cinco muertos de convulsiones, tres de hemorragia cerebral, un epiléptico, una hija con corea, un hidrocefalo, un enajenado (sujeto de la observación).

Cuarta generación.—Nada. Familia extinguida.

El ejemplo que sigue es todavía más notable:

1. ^a gener.	2. ^a gener.	3. ^a gener.	4. ^a gener.		
Padre muy inteligente, hipocondría, delirio de persecución, muerto en un acceso de locura furiosa	1. Hijo muerto súbitamente á los dieciséis años..	Extinguida	Extinguida.		
	2. Hijo muerto súbitamente á los dieciocho años.	Idem	Idem.		
	3. Hijo muerto súbitamente á los quince años....	Idem.			
	4. Hija mayor hipocondriaca, emotiva	1. Niño muerto de corta edad		Extinguida.	
		2. Idem			
		3. Idem			
		4. Idem			
		5. Idem			
	Madre nerviosa, emotiva	6. Casados: muy inteligentes		Idem.	
		7. Deformidad física			
8. Excéntrico, extravagante					
9. Tuvo tres accesos de delirio transitorio.					
10. Extinguida.					
5. Hija loca desde los veinte años		Hijo imbécil, hermafrodita			
6. Hija débil de espíritu					
7. Mujer atacada del delirio de persecución; se suicidó		1. Muchacho muerto de apoplejía á los veinticuatro años.			Idem.
		2. Imbécil.			
		3. Muchacho artista extravagante			
8. Hijo débil de espíritu.	1. Hijo neuropático, fallecido en un acceso de locura furiosa.		Idem.		
	2. Hija desaparecida.				
9. Joven hipocondriaco que jamás ha querido vivir con su mujer	Extinguida		Idem.		
10. Joven hipocondriaco	Medio imbécil.				

No hay temeridad alguna en sostener que cuanto más se ha extendido el estudio de las enfermedades mentales, más se ha afirmado el papel preponderante de la herencia. Encontramos la mejor prueba de esto en las publicaciones y discusiones recientes acerca de la *locura hereditaria*. Morel primero, después Krafft-Ebing, Magnan y otros, han agrupado bajo este nombre desórdenes mentales, en apariencia muy diferentes, que los antiguos alienistas trataban como entidades morbosas distintas, y que hoy se consideran como los diversos modos de un solo y único proceso morboso: la degeneración en sus

diversos grados. Tales son la manía del robo (kleptomanía), el temor de ser robado (kleptofobia), la manía incendiaria (piromanía), el temor al fuego (pirofobia), los impulsos irresistibles al juego, á las compras extravagantes, al homicidio, al suicidio; la preocupación incesante y ansiosa de buscar nombres (onomatomanía), de interrogar, de calcular (aritmomanía); el temor á los grandes espacios (agorafobia) ó á la reclusión (claustrofobia), la locura de la duda, las aberraciones y perversiones sexuales, etc. No cito más que las formas principales: cada día se descubren nuevas. Sufren una metamorfosis de una generación á la otra, muchas veces en el mismo individuo. Morel ha citado el caso de un degenerado arrastrado alternativamente á los desórdenes sexuales, á la dipsomanía, al suicidio, al homicidio.

Se ha reprochado con razón la frase *locura hereditaria*, como equívoca; porque la herencia se extiende al dominio entero de las enfermedades mentales, no á este grupo solamente; sin embargo, en éste es preponderante. «Desde su nacimiento, los hereditarios presentan signos especiales, marca de su origen, manifestación exterior del sello de la herencia». Tienen sus *estigmas* físicos y psíquicos, largamente descritos por autores anteriormente citados. Para quien quiera convencerse del papel capital de la herencia en toda degeneración, no hay estudio más interesante que el de los degenerados. Se puede seguir paso á paso su trabajo de destrucción á través de tres ó cuatro generaciones, hasta el idiotismo, la demencia, la disolución completa.

«La tendencia actual pretende ver en la más común, en la más vulgar de las neurosis, en la neurastenia (debilidad irritable) el centro de todas las afecciones del sistema nervioso, la fuente de la familia neuro-patológica... La neurastenia ha sido quien la produce y la sostiene al mismo tiempo. La crea en virtud de las leyes de la herencia, cuyos efectos de acumulación, obrando á través de varias generaciones, se traducen en los descendientes de neurasténicos, en formas morbosas cada vez más graves, que llevan consigo la degeneración física y mental, así como la extinción de la raza. La mantiene ó conserva porque, pudiendo desarrollarse de una vez en un sujeto, sin vicio hereditario, es por tanto la única de las afecciones del sistema nervioso que jamás reconoce la herencia por causa, que puede *adquirirse* bajo el influjo de ciertas circunstancias, sin ninguna predisposición anterior. La neurastenia es la que suministrando sin cesar nuevos alimentos á la gran familia neuro-patológica, se opone á la extinción de esta última por las leyes fatales de la herencia convergente, combinada con los estados de degeneración.

«Así el dominio de las afecciones del sistema nervioso irá siempre en aumento. Es una de las consecuencias fatales de la lucha por la existencia, tal, sobre todo, como se entiende en nuestra época.»

Todos los tratados de enfermedades mentales no son más que una defensa, la más convincente, la más irresistible de la herencia. Está en el primer rango de las causas de la locura. ¿Pero en qué proporción respecto de las demás? Los buenos documentos estadísticos serían los únicos que podrían dar la respuesta, puesto que los diversos informes que existen concuerdan poco entre sí. Las locuras hereditarias representan para Moreau de Tours el 910; para otros el 1110 solamente. Según trabajos de Mandstley, la cifra está sobre 114 y bajo 112; en 50 casos de herencia que ha examinado cuidadosamente, ha encontrado 16 hereditarios, lo que da 113. En 73 casos descritos por Trélat en su *Folie lucide*, se cuentan 43 como debidos á la herencia.—Entre los autores que han reunido mayor número de documentos es preciso citar á Griesinger y Legrand du Saulle. Este último ha comparado 45 estadísticas hechas en diferentes países de Europa ó América. Varían desde 4 por 100 85,71 por 100. Esta enorme diferencia se explica por varias razones. Hay autores

que no tienen en cuenta más que la herencia directa é inmediata. Las estadísticas extensas aminoran siempre el papel de la herencia; las estadísticas pequeñas le ponen en relieve, porque ha sido posible obtener datos precisos. «Las investigaciones más modernas y más precisas, las de Turnham y H. de Grainger Stewart permiten colocar entre 40 y 50 por 100 la proporción de los enajenados hereditarios.»

CH. RIBOT

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

*Animales antediluvianos: aves con dientes; el mammoth del Museo de San Petersburgo.—
Progresos de la cirugía.—Transmisión de la vista á distancia: el suero «judial.»*

Sabido es que las aves son sencillamente reptiles que, á través de las fases de la evolución han perdido sus escamas y sus dientes, han adquirido plumas y alas y han invadido el dominio de los aires. Cuando los reptiles gobernaban el mundo, hace de esto algunos millones de años, las aves formaban una especie débil que no había perdido aún todos los rasgos característicos de sus antepasados de sangre fría.

Los restos de algunos individuos de aquellas especies han sido encontrados en estos últimos tiempos bajo unas rocas de América septentrional. Estaban provistos de dientes, y sus alas se encontraban aún en estado rudimentario.

Antes de este descubrimiento se conocían tres especies de aves en posesión de fuertes dentaduras, de largas colas y alas débiles que apenas les permitirían volar: eran el *archaeopteryx* (viejo pájaro), el *pesperornis* (pájaro del Oeste), y el *ichthyornis* (pájaro pescado), verdaderos tipos intermediarios entre el reptil y el ave.

En Rusia, cerca de Kolymask, se ha descubierto recientemente un mammoth que se encuentra ya en el Museo Zoológico de San Petersburgo. Un periódico ruso anuncia que la Academia Imperial de Ciencias ha decidido distribuir los estudios referentes á aquel animal antediluviano del modo siguiente:

En primer lugar, estudio histológico de la piel, de los pelos, de los músculos, de los nervios, lo mismo que el análisis químico de la sangre de los músculos, y de las otras partes del cuerpo. Estos trabajos se harán bajo la dirección del profesor Ovsionikoff, académico y jefe del laboratorio fisiológico.

El profesor Zalemky, director del Museo Zoológico, se ha encargado del estudio de las partes óseas, y además el doctor Malieff estudiará los músculos de las patas del mammoth desde el punto de vista anatómico.

Visto el gran interés que al mundo científico inspiran esos estudios, la Academia moscovita ha decidido publicar lo más pronto posible, en ruso, en alemán y en francés, todas las cartas de M. Herz, el sabio que descubrió el mammoth, describiendo los episodios de su expedición. Esta publicación será ilustrada con reproducciones fotográficas del curioso animal.

En cuanto á la descripción definitiva, no se publicará hasta la terminación de todos los estudios que acabamos de mencionar, y será muy detallada.

Se ha decidido rellenar de paja la piel del mammoth y exponer separadamente su esqueleto en el Museo de la Academia.

La cirugía hace diariamente progresos maravillosos. Estábamos habituados á oír cómo hablan lenguas artificiales, á leer casos de nervios añadidos, de cerebros compuestos, de ablaciones ó extirpaciones de estómagos, etc.; pero la substitución de la espina dorsal natural por una espina dorsal de plata que permite al paciente, que estaba á punto de entrar en la agonía, vivir y disfrutar de salud perfecta, bien merece nuestra admiración. El hecho se viene verificando en Inglaterra desde el año pasado, en que se verificó la operación.

Un sabio austriaco, M. Ullmann, acaba de entregarse á experimentos no menos sorprendentes. Después de haber narcotizado unos perros, desprendió sus riñones, los colocó en diferente sitio, y los unió en seguida á la circulación de la sangre. Como consecuencia, el riñón cambiado de sitio funciona como antes, y el animal está perfectamente.

Por su parte, dos fisiólogos americanos, los Sres. Eslanger y Herwett, acaban de entregarse á curiosas experiencias para determinar hasta dónde puede llegar sin peligro un cirujano en la vía de las ablaciones del intestino delgado, cortando al efecto porciones más ó menos importantes del intestino de tres perros, y dándoles después cantidades de alimentos estrictamente dosificadas y analizadas de alimentos azoados-grasos y feculentos.

Los dos primeros perros, á los cuales se quitaron unas tres cuartas partes de la longitud total del órgano, resistieron muy bien la operación; pero el tercero, al que se había hecho la ablación de las cinco sextas partes del intestino, sucumbió algunas horas más tarde.

Respecto de las personas, no se atrevería nadie á llevar los experimentos tan lejos, á menos de prueba cierta de que el paciente no tenía otra alternativa que la operación ó la muerte. Sin embargo, los dos sabios americanos citan el caso de un enfermo que sobrevivió muchos años sin ningún síntoma molesto, á una operación que le despojó de tres metros de intestino.

Por poco que la cirugía continúe progresando en ese sentido, se podrá, á fuerza de ablaciones y de sustituciones sucesivas, transformar completamente un sér humano. ¡El hombre artificial! Tal será el ideal del cirujano del porvenir.

*
* *

Una Comisión inglesa de estudios ha hecho recientemente experimentos muy interesantes de transmisión de la vista á distancia entre Saint-Lô y el apostadero británico de Jersey, instalado en un barco-señal, á una distancia de 36 millas.

Los experimentos se han verificado del modo siguiente.

El aparato transmisor se prolonga por un mástil á una altura de 12 metros. El receptor que le acompaña termina en un aparato de óptica, que proyecta sobre una ancha mesa circular la imagen del telegrama ó de cualquier otro objeto situado en el rayo visual del puesto correspondiente. Se trata, pues, de la transmisión de la vista á distancia, obtenida sin la mediación de hilo conductor.

La primera comunicación inglesa se transmitió á Saint-Lô preguntando cómo estaba el circuito; á continuación se sucedieron sin interrupción las transmisiones visuales, y la imagen de todo objeto presentado en el radio del transmisor se reproduce en seguida, á 36 millas de distancia, sobre la mesa blanca del puesto correspondiente. Sucesivamente se vieron desfilar las preguntas y respuestas de una larga conversación manuscrita, retratos de hombres célebres, grabados, impresos, dibujos y cuadros de

todo género y artículos de periódicos. Desgraciadamente, el aparato no transmite colores; no da sino proyecciones negras, como la fotografía, y no reproduce sino los objetos planos aplicados sobre la mesa de transmisión.

Acercas del rayo visual del transmisor, la Comisión inglesa afirma que podrá extenderle considerablemente en los nuevos experimentos que se verificarán en el verano próximo.

* * *

Después de tantos sueros como se han descubierto para alivio de la humanidad doliente, tenemos uno más, destinado á la magistratura, ó más bien, á sus víctimas, porque evitará muchos errores judiciales, por servir para distinguir de una manera perfecta si las manchas de sangre provienen de sangre humana ó de la de animales. En lo sucesivo no puede haber dudas acerca de si las manchas de sangre provienen del sacrificio de un pollo ó de un conejo, como sostiene el acusado, ó de un homicidio, como suele sostener el magistrado, que no se satisface si no aplica la sentencia de muerte, gracias al método creado por los Sres. Deulsch y Schultze, y principalmente por monsieur Bordet, del Instituto Pasteur.

Este método es muy sencillo: supongamos que se haya operado sobre un conejo y que se le haya inyectado sangre humana. Si el suero de ese conejo se pone en un tubo en contacto con sangre diluída de una especie que no sea la humana, se obtiene un líquido claro, diluído. Si ese mismo suero, al contrario, se pone en contacto con sangre humana diluída, se produce una perturbación característica, una especie de precipitado en el líquido.

La operación no es complicada: dada una mancha de sangre dudosa, se agita la materia de esta mancha con un poco de agua salada, y después de filtrada se reparte el líquido obtenido en partes iguales en dos tubos; en uno se echa una gota de suero del conejo inyectado de sangre humana, y en el otro, el que sirve para la contraprueba, se echa una gota de suero que no haya sufrido preparación alguna. Si el contenido del primer tubo se turba, mientras el segundo permanece límpido, se tiene la certidumbre que la sangre de la mancha es sangre humana. Si la prueba es negativa, se trata de sangre de un animal.

TARRIDA DEL MÁRMOL

Crónicas de arte y de sociología

DESDE PARIS

«*Los castigos de otro tiempo*».—*El novelista belga Camilo Lemonnier.*—*La peregrinación mística de una inteligencia atea: Mauricio Maertinck.*

Se ha publicado últimamente un libro interesante: *Les Châtiments de jadis*, por W. Andrews. Se trata de una historia de las torturas que se han infligido en Inglaterra á los delincuentes.

Laurent Tailhade ha puesto á la obra un prefacio ingenioso, lleno de gracejo, fulminando en él contra las atrocidades de la represión.

Aun cuando no podamos decir que hayan desaparecido por completo de nuestra sociedad tales horrores, la crueldad no se ejerce hoy día entre los hombres con la ferocidad

de otros tiempos. Algo, evidentemente, ha progresado el espíritu humano, y esta ascensión nos hace concebir la esperanza de que se realicen, para no muy lejana fecha, muchos de nuestros emancipadores ideales.

La enseñanza de la elocuente obra de Andrews está precisamente en la manifestación de esta superioridad nuestra respecto á las generaciones anteriores. Esta noción resulta beneficiosa para todo buen lector, pues anima á seguir en el camino de perfeccionamiento que hemos emprendido, dados los resultados provechosos que en él se obtienen para nuestra vida moral y material.

En *Los castigos de otro tiempo* nos hacemos cargo de la ciencia perversa que ostentaban los jueces antiguos y la de los que les prestaban su apoyo cruel. Se halla en nosotros tan amortiguado el instinto feroz, pues por algo no nos hallamos ya moralmente en una esfera «sub-humana», como dice Maeterlinck, que no acertamos casi á comprender el arte infernal que en otro tiempo se desplegaba en la confección de inauditas máquinas de tortura. Lo horrendo está en los motivos peregrinos que se invocaban para aplicarlas en el cuerpo humano, que desgarraban, destrozaban y trituraban con una voluptuosidad de hiena.

Esto es lo que sorprende en la lectura de dicha obra, por lo que se ven las variaciones curiosas de la jurisprudencia, al calificar de crímenes muchos delitos que hoy pasan por insignificantes. Esto, por vía de comparación, proclama el progreso humano de que he hablado anteriormente.

Ilustran el libro numerosos dibujos, que reproducen varios instrumentos de tortura, y éstos constituyen un verdadero museo de espanto.

Camilo Lemonnier es el novelista más grande que ha nacido en Bélgica. Su fecundidad es extraordinaria, y puede, entre los más modernos, competir con la de Paul Adam.

Al principio fué naturalista, y aportó una nota fresca á la famosa dirección literarias, de que ha sido máximo pontífice Zola.

Después, sin abandonar los mejores elementos del realismo, Lemonnier se entregó á la consideración de los altos problemas morales y sociales en novelas que constituyen amplias síntesis, y con ello penetró decididamente en lo que se ha dado en llamar el simbolismo.

Recientemente ha dado á la luz pública su novela *Las dos conciencias*. Parece que con ella persigue la reivindicación de la libertad de escribir, que es tan necesaria como la de pensar.

El escritor Wildmann, artista de gran vuelo, que sólo vive para el arte y desdén lo que no es sincero, comienza por sentirse herido en sus afectos de amor. La esposa de Wildmann, que es esclava ciega de principios religiosos, se separa de su marido y le arrebató el hijo.

Con ello entramos en el proceso judicial que se intenta á Wildmann, dando lugar al accidentado duelo de la instrucción, entre el juez Mouret y el escritor, á lo que sigue la acusación y luego la absolución de Wildmann, que hubiera significado el triunfo de su idea, si este hombre no hubiera perecido al caer desde lo alto de la torre del Palacio de Justicia.

El símbolo reside, al parecer, en la idea de que la libertad acaba siempre por triunfar; pero que las más de las veces el triunfo viene demasiado tarde; esto es, cuando la ley de opresión ha cumplido ya su obra destructora.

La ventaja de un medio ambiente como el de París, para un hombre que piense, está en que permite vivir á éste en constante fruición intelectual. Tanta es la frecuencia con que se siente uno aquí sorprendido por una imagen bella, por un acto noble ó por una idea grande, que el espíritu llega á adquirir al fin una *tessitura* más refinada y alta que la de los demás hombres ordinarios.

La reciente obra de Maeterlinck, escritor que parece cumplir el ideal goethiano del perfeccionamiento individual continuo, ha constituido para mí una revelación prodigiosa sobre el engrandecimiento moral é intelectual de la personalidad del filósofo belga.

Chocará á muchos que me ocupe yo en LA REVISTA BLANCA de un hombre como Maeterlinck, tan mal mirado por los materialistas.

Pero creo que se alegrarán de haber trabado conocimiento con él, después de advertir la significación y la dirección de su nueva obra *Le temple enseveli*.

Maeterlinck se ofrece como un ateo de alta categoría intelectual; reuniendo la ventaja de ser, por lo dicho, uno de los más convincentes y consoladores. Sobre todo beneficia de lo último.

En *Le temple enseveli* (El templo sepulto), presenta Maeterlinck cinco ensayos de una prosa sencilla y armoniosa, que puede competir con la mejor de Francia, y de una moral elevadamente humana: *La justicia*, *La evolución del misterio*, *El reino de la materia*, *El pasado*, *La suerte y el Porvenir*.

La justicia es el ensayo más importante é interesante para nosotros. De él voy, pues, á dar una idea fiel. Maeterlinck lo inaugura diciendo: «Hablo para los que no crean en la existencia de un juez único, omnipotente é infalible, que se halle inclinado día y noche sobre nuestros pensamientos, sentimientos y acciones, afianzando la justicia en este mundo y completándola en los demás.» ¡Qué espíritu ese más lejano de la literatura castellana, tan poco librepensadora, conformando con lo cual decía Lope de Vega, ofuscado por una grandilocuencia que es la perdición mental de ese país, que «sólo Dios ve los pensamientos».

Maeterlinck trata luego extensamente de la justicia: en sentido físico, social, moral y psicológico. Las ideas se suceden en su ensayo con la mayor armonía literaria. Quizá, de vez en cuando, las amortigue la vestidura de un lenguaje simbólico, que no es tan frío empero, como el lenguaje escuetamente filosófico de otros pensadores.

«No podemos admitir que exista huella de una justicia intencional, ni encima, ni alrededor, ni debajo de nosotros, como tampoco en esta vida ni en la otra vida nuestra que forma la de nuestros hijos...» «¿Qué eran el derecho divino de los reyes, la infalibilidad de la Iglesia y las recompensas de ultratumba, sino ilusiones que aguardaron mucho tiempo que viniese á sacrificarlas la razón? ¿Qué se ganó en no sacrificarlas al punto? Una corta paz engañosa, algunos consuelos á veces funestos y algunas esperanzas inactivas.»

«Pero se han perdido muchos días, y la humanidad, que quiere conocer la verdad y ha encontrado en su busca una razón de existir que sustituye á las demás, ¿tiene mucho tiempo para perder?»

«Hora es ya, pues, de emanciparse de Dios. La justicia reside en nosotros y depende sólo de nosotros.»

«En verdad que no hay huella alguna de justicia en los accidentes, en las enfermedades ni en la mayor parte de los azares de la vida externa que hieren con ceguedad al bueno y al malo, al héroe y al traidor, á la hermana de la caridad y á la envenenadora. Pero involucramos en la fórmula Injusticias del Universo muchas injusticias exclusivamente humanas é infinitamente más frecuentes y más mortíferas que la tempestad, las

enfermedades y el incendio... La pobreza, por ejemplo, clasificada por nosotros entre los males irresponsables, como la peste y el naufragio; la pobreza, con sus dolores abrumadores y su decaimiento hereditario, ¿cuántas veces es imputable á la injusticia de nuestro estado social, *que no es más que la totalidad de las injusticias del hombre?*»

El mérito positivo de la obra de Maeterlinck está en la inquisición acertada de las causas y fundamentos de la justicia. Grande es, á mi juicio, la obra de humanizar á ésta, como él hace. Muy nuevo también me parece lo que sigue: «En la injusticia social, no es la parte humana lo que puede impedir el cumplimiento de nuestro deseo apasionado de equidad, sino lo que de ella muchos aun atribuyen á Dios, á una especie de fatalidad ó á leyes imaginarias de la naturaleza.»

Nosotros nos apoyamos sobre nuestro propio pasado de ideas, sentimientos y actos. Si el espectáculo de todo ello, cuando es inmoral, nos descorazona, nos infunde también la alegría del perfeccionamiento progresivo que, con nuestras ideas, sentimientos y actos nuevos, hayamos realizado. De este modo, ó poco menos, explica Maeterlinck el proceso de nuestra vida moral, psicológicamente.

Respecto á cuestiones relacionadas con la justicia de la naturaleza, dice: «Ignoramos totalmente los fines de la naturaleza, y si tiene alguno; desconocemos su conciencia y si la tiene. Pero podemos establecer lo que hace y cómo lo opera, ya que no descubrir lo que piensa ni si piensa... Añeja y vana costumbre del hombre es querer encerrar el mundo en un silogismo. Muy peligroso es hacer lógica sobre lo desconocido...» Pero no hemos de sujetarnos por completo á la naturaleza, esperando de ella la justicia, sino que nosotros hemos de aportarla con los medios de nuestro espíritu de progreso.

Muchos tratan por todas las estratagemas «de convertirse en los más fuertes y los más hábiles, adaptándose del mejor modo posible á las necesidades de la vida, que no pueden transformar; pero si se consideran bien las cualidades que les hacen vencer, manifestando su poder moral y su inteligencia, haciéndoles verdaderamente felices, el más hábil, el más fuerte y el «mejor adaptado» será sólo el más humano, más honrado y más justo.»

La condición de nuestro carácter influye en el sentimiento y en la práctica de la justicia. «Al pasar por nuestra inteligencia, se perfecciona la parte de amor por la justicia que se halla ingénita en nuestro carácter, pues á medida que se eleva y esclarece nuestra mente, va la misma dominando, esclareciendo y transformando nuestros instintos y sentimientos.» Otros suponen que la inteligencia sólo engendra personalidad: son los sentimentales de nuevo cuño.

Más adelante expresa Maeterlinck que nos es difícil imaginar lo que será la justicia ideal, puesto que todos los pensamientos que de nosotros se elevan á ella, se hallan contrariados por la injusticia en que aún vivimos. De todas maneras, cada día van siendo más raros los creyentes en que un poder sobrehumano la preside.

Para probar, con un dato, la condición humana de la justicia, declara Maeterlinck que «la venganza es la forma terrible y endémica, por decirlo así, que la necesidad de justicia adquiere en primer término.» Pero la venganza se multiplica, originando sucesivamente contra-vengeanzas.

¿Pueden traernos la justicia los hombres superiores? Dejemos que hable sobre ello el pensador de Gante: «A veces se preguntan algunos si será mejor que el destino de la humanidad se rija por los hombres superiores, por los grandes sabios, en vez de abandonarlo al instinto de la especie que siempre es lento y á menudo cruel.—No creo que pueda contestarse ello del mismo modo que antes.»

«Porque en verdad hubiera sido peligroso confiar el destino de la especie á hombres como Platón, Aristóteles, Marco Aurelio, Shakespeare, ó Montesquieu. En los peores instantes de la Revolución francesa, la suerte del pueblo estaba en manos de filósofos bastante apreciables. Ciertamente que hoy el pensador es diferente, no mostrándose especulativo, utopista, ni exclusivamente instintivo.» Es más observador y se pone más en contacto con las cosas de la vida. Su influencia, por tanto, irá ejerciéndose con mayor eficacia, á medida que se ponga de acuerdo con el genio de la especie:

Como conclusión expondremos el beneficio que obtiene, según Maeterlinck el hombre moral. «Por sus órganos espirituales goza el hombre completa y durablemente de su felicidad material.» En esta frase puede resumirse la esencia filosófica de la ética de Maeterlinck, que es atea, y á la vez mística, en su anhelo de elevación absoluta, aunque no desdeña del todo el camino evolutivo.

Maeterlinck está aquí más penetrado del espíritu científico de estos tiempos que en sus primeras obras. Razona con más lógica y señala con mayor claridad el misterio que rodea aún ciertas cosas humanas, ya que no lo explica.

Naturalmente, mucho y largo puede decirse en encomio de *Le temple enseveli*, pues de su doctrina se deduce alguna enseñanza; pero termino aquí, para no extenderme más, creyendo, por otra parte, que se sacará mejor fruto con la lectura directa de la obra.

J. PÉREZ JORRA

París, 3 Mayo 1902.

— LA LUZ —

Drama en cinco actos, por Maurice Donnay y Lucien Descaves

(CONCLUSIÓN DEL ACTO CUARTO)

PELÁEZ (*que á su vez ha leído el papel*).—Pues bien, yo digo que esto es imposible... Tú te equivocas, Calamarte. Todos los camaradas son buenas gentes, y esto es una infamia. No puede ser de la colonia el que haya escrito esa carta, ¿verdad, Ros?

ROS (*en pie*).—Esto sería totalmente abominable... A ver el documento. (*Peláez le entrega el papel, que examina atentamente en medio de un silencio absoluto. Con voz contenida*).—¡Adelal, ven aquí.

(*Todas las miradas se vuelven hacia Ros.*)

ADELA (*visiblemente turbada*).—¿Qué hay?

ROS.—Te digo que vengas.

ADELA.—¿Por qué?

ROS.—Ya te lo diré...

(*Adela, muy pálida, lentamente va hacia Ros.*)

ADELA.—Ya estoy aquí, ¿qué quieres?

ROS (*poniéndole el papel á la vista*).—¿Reconoces esta escritura?

ADELA.—No.

ROS.—Pues yo la reconozco; tengo la convicción de que es tuya.

ADELA.—Te juro, Ros...

ROS.—¡Ah! no jures... no mientas... ¿Eres tú quien ha escrito esto, di? (*La coge por la muñeca, pero ella se acasaca.*)

ADELA (*colérica*).—Sí.

ROS.—¿Y por qué has hecho esto? ¿Qué te ha hecho este hombre para que lo denuncies?

ADELA.—No lo sé.

ROS.—¿No lo sabes?... Has de tener una razón para ello ó es que te has vuelto loca. Tú no eres una niña... debes tener algún motivo para obrar así.

ADELA.—Pues sí, le tengo.

ROS.—¿Cuál? ¿qué es?... ¿te ha faltado acaso? ¿te ha causado alguna pena? Habla, dílo todo.

ADELA.—Ya hablaré si quiero.

ROS.—¡Si tú quieres! ¡Ah! no te hagas la tonta, tú sabes en qué sentido puede interpretarse esto.

ADELA.—Ya te lo diré; pero más tarde... no aquí...; nos lo explicaremos entre nosotros.

ROS.—No, aquí es donde tú te explicarás... aquí es donde ha empezado y aquí donde debe concluir, de cualquiera manera que concluya... ¿Entre nosotros?... No, no; tú te explicarás delante de todo el mundo... Yo no tengo nada que ocultar y no temo á nadie... ¿Te imaginas acaso que yo voy á encubrir tus infamias?... Responde... ¿Por qué has denunciado á Calamarte?

ELENA (*interviniendo*).—Señor Ros, yo le ruego...

ROS.—Señorita, dispéñeme usted; pero es asunto que no debe pasarse por alto. Es usted demasiado buena para interceder por esta mala persona.

ADELA (*mirando de arriba á abajo á Elena*).—¿Le pido acaso alguna cosa?... Pídele usted piedad por mí... ¿Tengo yo necesidad de ella?... ¿Qué es lo que ha venido usted á hacer aquí?... Mejor hubiera hecho en permanecer donde estaba, en lugar de venir á buscar á los hombres de *La Luz* con sus ademanes de gatita muerta. ¡Piedad! Ocúpese usted de su amante, que le valdrá más, y déjeme á mí, que para nada la necesito.

ROS.—¡Ah! Ya conozco tu razón. Es peculiar en ti. ¿Es, pues, porque se ocupaba demasiado de otra y no lo bastante de ti? Ya veo la cosa; tú corrías detrás de él y él no te hizo caso... Entonces, la señora celosa quiso hacer un pasaje de novela... ¡Ah! en esto eres muy perita... En efecto, con una zorra de tu clase, tenía que haber una razón como ésa... porque vosotras, las mujeres, cuando eso os da comezón, puede el mundo reventar... venderiais al padre, á la madre, á toda la tierra... ¡Dí que no es verdad lo que te digo!

JUANA.—Cálmese usted, Ros... El mal es quizá menos grande que el que usted cree.

ROS.—¿Se necesita algo más?

JUANA.—Quiero decir que la carta quizá no haya sido enviada.

ROS.—Es verdad... Tiene usted razón y yo pierdo la cabeza en medio de todo esto. Es preciso saberlo... (*A Adela*) Contéstame y procura decirme la verdad... ¿Has enviado esa carta? Para atención en lo que vas á decir.

ADELA.—Sí, la he enviado.

ROS.—¿Y es á Vernet á quien la enviaste?

ADELA.—Sí, á Vernet.

ROS.—Escogiste bien tu hombre... es completo... ¿Cuándo la enviaste?

ADELA.—Ayer, antes de comer.

ROS.—¿Es cierto?

ADELA.—Sí.

ROS.—Está bien; no hay tiempo que perder.

ADELA.—Yo no nombro en ella á nadie.

ROS.—¡Oh! eso tú comprendes perfectamente que es lo mismo. Has cometido una indignidad tan grande, que ya arreglaremos después este asunto entre nosotros, como tú pedías en el primer momento; ahora vas á pedir perdón al camarada, en seguida...

(Adela hace signos negativos.)

CALAMARTE.—No, Ros..., no exijas esto... no vale la pena... y luego, tampoco se adelanta nada.

ROS *(á Adela)*.—¡Vamos!

CALAMARTE.—Te ruego, Ros...

ROS.—Déjame, es asunto mío... *(A Adela.)* ¿Me has oído?... ¡Vamos!

ADELA.—¡Pedir perdón yo!... No me conoces.

ROS.—Te conoceré ahora.

ADELA.—¡Oh!, no te temo.

ROS.—Es posible... pide perdón.

ADELA.—Jamás.

ROS.—Por vida de... ahora lo veremos.

(La coge por el brazo y sacudiéndola rudamente, quiere obligarla á arrodillarse.)

ADELA *(resistiéndose)*.—No, no quiero... no quiero, me haces daño... ¡Bruto!, ¡bruto!, ¡cobarde!, me haces daño. No quiero, ¿oyes?, no quiero.

ROS.—Vas á pedir perdón ó te aplasto.

ADELA.—No...; antes me matarás. *(Los separan.)*

MAGDALENA.—Déjala, Ros... Es una mujer y está resuelta.

ROS.—Me importa poco que ella esté resuelta... yo también lo estoy.

CALAMARTE.—Pero yo no quiero que me pida perdón... ¿A qué fin imponerla esa humillación, si tampoco cambia nada?

ROS.—¿Tengo de lisonjearla acaso?... ¿No quieres humillarte? ¡Ah! no fuiste tan valiente cuando depositaste la carta en el correo.

DOCTOR.—No obtendrá usted nada, Ros... Además, piense usted que es una mujer.

ROS.—¡Es una mujer! Os aseguro que no siento piedad por ella; es más, procura que no te vea más... Te rompería la cabeza. Vete. Todo ha terminado entre nosotros.

ADELA.—¡Ya lo creo que ha terminado todo!... Has levantado tu mano sobre mí, me has insultado delante de todos, y yo ni lo olvido, ni lo perdono. Puedes estar seguro de que me voy, y más lejos de lo que tú crees... ¡y sin volver!... Estoy cansada de vuestras maulerías, de vuestra pretendida paz y fraternidad; estoy harta de vuestra sala común, donde son siempre los mismos los que hacen rodar la máquina; donde no se tienen consideraciones más que á aquellos que no sirven para nada... ¡Valiente colonia esa! *(Antes de salir.)* ¡Esto para ella! *(Escupe al suelo y se va, cerrando la puerta furiosamente.)*

ROS.—¡Vete al diablo!... ¡No te detengo! *(Cae desolado en una silla; con la cabeza entre las manos; permanece un momento conteniendo la cólera que le ahoga, después suspira.)*

DOCTOR.—Vamos, mi pobre Ros, es preciso no desesperarse... Ya sé que esto es cruel, pero quizá ella no sea del todo responsable.

ROS.—¡Oh! diantre; ustedes los médicos, ven en todas partes la irresponsabilidad.

DOCTOR.—No; pero usted sabe muy bien lo que son las mujeres...; usted mismo lo ha dicho hace poco... Cuando están dominadas por el amor, esto las trastorna, esto las desconcierta y ni siquiera saben lo que se hacen.

ROS.—No es eso una razón.

BARTOLO.—Pero, querido Ros, puesto que Calamarte no ha querido...

ROS.—Te equivocas, Bartolo, si te imaginas que mi disgusto obedece á eso del honor. Esto me tiene sin cuidado... Hubiera preferido mil veces que ella durmiera con todos los camaradas, y que lo que ha resultado no resultara... Es mucho más grave que lo que llamaríamos mi deshonra.

DOCTOR.—Lo sucedido, mi buen Ros, para nada le alcanza á usted. Sabe muy bien que aquí el crimen de la mujer no recae sobre el marido; y nuestra estima y nuestra afección es mayor aún después de la salida de esa desgraciada.

BARTOLO.—El Sr. Figuerola tiene razón... ha comprendido perfectamente nuestro cariño é inalterable amistad hacia ti. Ahí va mi mano, Ros; siempre amigos.

PELÁEZ.—Yo también, viejo mío.

(Estrecha la mano de ambos.)

ROS *(á Calamarte, que titubea en avanzar)*.—¿Y tú, Calamarte?

CALAMARTE.—No me atrevo.

ROS.—¡Si serás tonto! *(Le tiende las manos. Los dos se abrazan estrechamente.)*

BARTOLO.—¡Vamos! todo va bien.

PELÁEZ.—Claro que va bien.

BUENO *(que durante esta escena ha permanecido inmóvil y concentrado, sentado cerca del piano, se levanta súbitamente)*.—¡Ira del diablo!

BARTOLO.—¿Qué tienes?

BUENO *(mostrando el puño al busto de Santibáñez)*.—La culpa de todo lo que pasa la tiene ese guarro... ¡Toma, cochino! *(Y cogiendo el bastón del tío Rafael, subiendo encima del piano para alcanzar al busto, le da de bastonazos, que hacen caer por el suelo el busto en pedazos.)*

PELÁEZ.—He ahí al bienhechor pagándolo todo.

ROSALÍA.—Dejadlo; es su crisis.

Cae el telón.

ACTO V

La misma decoración del anterior. Por la noche. Una sola lámpara encendida. No hay en la sala común otra señal de desorden que los pedazos del busto derribado.

ESCENA PRIMERA

CALAMARTE, ELENA

(Al levantarse el telón, Calamarte está solo y pasea de un lado á otro de la escena.)

CALAMARTE *(viendo á Elena que entra)*.—¿Es usted, Elena?

ELENA.—¿Hace mucho rato que está usted aquí?

CALAMARTE.—Sí, hace rato que la esperaba.

ELENA.—He estado al lado de Ros... Sus hijos están enfermos, y como desde que su mujer ha marchado no hay quien les cuide, he pensado ayudar á nuestro desgraciado amigo instalándome cerca de ellos. El pobre está con una inquietud mortal... He rogado al Sr. Figuerola examinara los niños, á fin de tranquilizar á su padre, que da pena verlo... Pero usted tiene de hablarme...

CALAMARTE.—Sí, he querido decirle adiós.

ELENA.—¿Parte usted?

CALAMARTE.—Parto... ¿Obro mal?

ELENA.—No, puesto que es el consejo que yo misma le he dado!... (*Se vuelve para ocultar su emoción*).

CALAMARTE.—Pudiera sorprenderle mi determinación, puesto que hace algunas horas no quería partir. Pero después de lo que ha pasado esta noche, mi presencia aquí es imposible. Desde el momento que yo resulto para la colonia el causante de tantas desdichas, debo partir.

ELENA.—Es horroroso lo que voy á decirle; pero estoy casi contenta de la triste escena que ha modificado sus proyectos en el sentido que yo deseaba con afán.

CALAMARTE.—Sí; pero los míos solamente.

ELENA.—¿Qué quiere usted decir?

CALAMARTE.—Dispéñeme usted, pero creía que esa última reunión del consejo de familia había producido en usted la misma impresión que á mí... y pensé que... quizá... usted desearía... ó á lo menos no rehusaría acompañarme.

ELENA.—¡Oh, no, mi pobre amigo! Yo estoy, por el contrario, fortificada en mi resolución; sí, fortificada...

CALAMARTE.—¡Ahl, no soy afortunado en nada.

ELENA.—Sobre todo en el presente, que se tiene aquí necesidad de mis servicios.

CALAMARTE.—¡Que se tiene! Muy pronto no existirá esa necesidad.

ELENA.—¿Muy pronto?

CALAMARTE.—Creo ve usted como yo que en la colonia todo se disloca y cruje. La buena voluntad de Ros, del doctor y de algunos otros no impedirá el desastre; la dispersión es inevitable... Sólo es cuestión de tiempo... algunos meses... algunos días quizá... Podría usted seguirme sin escrúpulos.

SECCIÓN GENERAL

JESUS

La única fecha históricamente cierta de toda la vida de Jesús es la de su suplicio. Dige de su suplicio y no de su muerte, porque no es cierto que muriera en la cruz, en la que no fué clavado, sino atado con cuerdas, como se hacía con todos aquellos que eran sometidos á ese suplicio, que entre los romanos era el de los esclavos. Los ajusticiados tardaban á veces muchos días en morir entre sufrimientos terribles, siendo uno de los más dolorosos el de la sed, seguidos de largos desvanecimientos.

Jesús, puesto en cruz la víspera del sábado á las dos ó tres horas antes de concluir la noche, que era el fin del día para los judíos, fué descendido de ella por sus discípulos, que obtuvieron tal permiso, porque el espectáculo de un ajusticiado era prohibido en día de sábado como una profanación. Todos aquellos que lo hubiesen visto, habrían quedado impuros.

Cuando los discípulos de Jesús lo llevaron al sepulcro de José de Arimatea, probablemente estaba desvanecido. Si recobró los sentidos mientras sus discípulos lo amortajaban, éstos se guardaron muy bien de participarlo á nadie. Sin duda lo condujeron á un asilo seguro. Al día siguiente la sepultura se encontró vacía. Se explica así muy naturalmente la leyenda de la resurrección. Se comprende también cómo, cuando sus heridas fueron cicatrizadas, pudo Jesús enseñarlas á los discípulos para que creyeran. En cuanto á la leyenda de la ascensión, es pura mitología. Jesús sin duda murió realmente, y quizá á

causa de sus heridas, más ó menos tiempo después, pero hasta su muerte debió vivir escondido, sin mostrarse á los judíos.

Se ignora el tiempo que duró su predicación. De la discusión de los libros de tres sinópticos y de sus contradictores, Strauss, que es una autoridad en la materia, ha dicho que aquella predicación pudo durar de dos á siete años. Como no se tiene ningún cálculo auténtico sobre la edad que tenía Jesús cuando fué crucificado, nos es imposible señalar una fecha cierta á su nacimiento, y el principio de lo que se llama «Era cristiana», resultando todo problemático.

La explicación que hay en el evangelio de Lucas respecto la infancia de Jesús, es un conjunto de leyendas creadas después, careciendo de autenticidad y estando en desacuerdo con los hechos históricos conocidos. Las genealogías que le hacen descender de la raza de David, son verdaderamente apócrifas.

La leyenda hace salir de Nazareth, donde vivían, á José y María, que se ponen en camino hacia Jerusalén, llamados como formando parte de la tribu de Judá para un pretendido empadronamiento. Y, en aquella época, en Judea ningún empadronamiento tuvo lugar.

Si María, en cinta de Jesús, dejó Nazareth, es preciso suponer que fué ocultada por los suyos para un parto clandestino, y que se pusieron en marcha para ir á parir á Jerusalén, como tantas de nuestras jóvenes de los pueblos rurales vienen para lo mismo á la capital, sorprendiéndole los dolores del parto en Betleem, en una gruta que servía de establo, donde recibiera la hospitalidad por no poder ir más lejos.

No puede darse como cierto, sin embargo, que Jesús naciera en la gruta de Betleem. Muy probablemente donde nació fué en Nazareth, puesto que todo el mundo, durante su predicación, lo señalaba como nazareno ó galileo.

Si la leyenda lo ha hecho nacer en Betleem, es porque los cristianos le han aplicado un pasaje de Isaias, en el cual quisieron ver una profecía de su nacimiento en aquella pequeña villa. Tal es, á lo menos, la hipótesis muy admisible de Strauss.

La adoración de los reyes magos venidos de Oriente, prevenidos por una estrella, es otro mito legendario. La historia de aquella época en parte alguna habla de los reyes magos, de los cuales uno debía ser negro, y los reyes de Oriente no se molestaban por tan poco, sobre todo sin séquito y sin aparato. ¡Tres reyes á la vez! es abusar demasiado de la credulidad de los pueblos candorosos á los cuales se cuentan semejantes historias.

En cuanto á la adoración de los pastores, igualmente prevenidos por la famosa estrella, es imposible en la fecha que se atribuye. En el solsticio de invierno hace frío hasta en Judea; y en esa estación los rebaños y sus pastores no duermen á la intemperie.

Por último, las estrellas no interrumpen tan fácilmente su ruta cotidiana en el cielo, y ninguna nueva estrella apareció en aquella época de la historia. Todo lo más, podríase admitir la aparición de algún bólido. La famosa estrella, pues, no sería otra cosa que una estrella hilandera. Pero como todo el resto de la leyenda se demuestra que es errónea, este pequeño detalle carece de valor, es como un adorno legendario, casi imperceptible, de gusto oriental.

Se cuenta que algunos días después del nacimiento de Jesús, Herodes, al saber que había nacido un heredero de la extirpe de David, hizo proclamar un edicto ordenando la degollación de todos los niños menores de un año, y que José y María, con el niño, se salvaron huyendo á Egipto, donde permanecieron hasta después de la muerte de Herodes.

Lo absolutamente cierto es que Herodes no decretó nunca tal edicto. Los romanos, que ejercían sobre Judea lo que nosotros llamamos hoy «un protectorado», no lo sufrieron ni lo hubieran consentido.

La «degollación de los inocentes» no ha tenido nunca lugar. Esa leyenda obedeció á la necesidad de realizar un pasaje de Isaias elevado á la altura de una profecía.

Todo el preámbulo del evangelio de Lucas, relativo á la infancia de Jesús, es sólo una especie de novela religiosa, como tantas otras que se confeccionaban en aquella época en Oriente, sin que sus autores tuvieran el menor escrúpulo, y uno de éstos, más imaginativo que concienzudo, fué, sin duda, el evangelista Lucas.

Lucas, discípulo de Pablo, mucho más joven que él y que le sobrevivió largo tiempo, ni siquiera era de raza judía. Pasa por haber sido pintor y estaba prohibido á los judíos

por su ley, de representar los simulacros de los dioses y aun de los hombres. Por esto los hebreos no han conocido las artes plásticas.

Lucas fué, sin duda, uno de aquellos prosélitos que los judíos de raza hacían entonces durante el imperio. Era un erudito, que escribía en griego muy puro, un verdadero literato que dió pruebas en su evangelio y en sus «Actas de los apóstoles» de ser un genio fecundo é inventivo, que gustaba de relatar milagros.

Algunas de esas invenciones legendarias, compendiadas y en resúmenes, vinieron más tarde á incorporarse, como interpolaciones más ó menos desordenadas, en los textos de los dos evangelios llamados de Mateo y de Marcos, que son las mismas compilaciones sucesivas de todos los fragmentos de leyendas que las primeras iglesias cristianas recibían, ora de sus fundadores, ora de discípulos viajeros á los cuales ellas daban hospitalidad.

Cada iglesia tuvo así su evangelio, es decir, un relato, más ó menos completo, ó más ó menos desordenado de la vida y de la misión de Jesús. Es de entre esos evangelios, de los cuales, á lo menos cincuenta son conocidos por fragmentos, que la Iglesia, ya constituida allá por el cuarto siglo, escogió los cuatro textos declarados canónicos. La elección se decoró todavía con un pequeño milagro. Preténdese que todos los libros de los evangelios conocidos fueron colocados sobre el altar, y siendo el Espíritu Santo debidamente invocado, el fuego del cielo consumió aquellos que debían ser considerados como apócrifos, no dejando subsistir más que los cuatro que fueron adoptados como escritos bajo la inspiración divina. Así fueron descartados, con muchos otros, el *Evangelio de la Virgen* y el de la *Santa infancia*, que ha salido en fragmentos en los escritos de los padres. Voltaire cita varios de esos fragmentos en su *Diccionario Filosófico*.

Es muy curioso ver que la Iglesia, que hace de Navidad una fiesta inmóvil, conmemorativa de una fecha que ignora, haya hecho de la Pascua una fiesta movible que depende de la lunación; mientras que podía fijar de una manera exactísima la fecha anual de la pasión de Jesús y de su pretendida resurrección.

Todo lo cual demuestra que la Iglesia en ninguna época ha dado pruebas de la menor lógica. Se ha dejado conducir por la corriente de las leyendas y de las tradiciones establecidas. La fecha de la Pascua ha sido declarada móvil porque las primeras Iglesias judaicas seguían en esto el calendario judío.

Pero más tarde, cuando se separó violentamente de las comunidades judías, fué el calendario romano el que fijó las fechas de sus fiestas, tales como la de la Navidad. Los textos que ella adoptó la obligaron á poner la Ascensión cuarenta días y la de Pentecostés cincuenta días después de la Pascua de resurrección. Y al contrario, la fecha de la Anunciación, de institución relativamente reciente, fué naturalmente determinada por la de la Navidad, esto es, nueve meses justos antes. En cuanto á la fiesta de la Asunción, se dice que fué instituída por Luis XIII. Ningún texto auténtico ha fijado el día; ningún documento de los primeros siglos habla de esa leyenda, de la subida de la virgen al cielo muy posteriormente lo hacen de su «inmaculada concepción», suponiéndola libre desde el seno de su madre de la mancha del pecado original y teniendo por fin explicar que aquella criatura excepcional concibió por obra del Espíritu Santo, siendo virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

Todos los esfuerzos de la Iglesia y todo el edificio de sus leyendas, no pudieron impedir el que llegara hasta nosotros el nombre del centurión romano que, según la crónica de Jerusalén, fué el verdadero padre de Jesús.

CLEMENCIA ROYER

EL DERECHO DE AMAR

Las esclavitudes de todas clases que, á pesar del progreso, pesan sobre tantas humildes y obscuras vidas femeninas, no deben de ninguna manera, por lamentables que ellas sean, hacernos olvidar las que oprimen otras existencias menos ignoradas, más felices y más libres en apariencia, pero en realidad, sumidas en idénticos yugos.

De alto á bajo de la escala social, las leyes son duras, al menor ensayo de manumisión.

sión, al más pequeño esfuerzo intentado por la criatura para afirmar su libertad. Si la mujer del pueblo tiene pocos recursos contra los procedimientos de un marido brutal y borrachín, la princesa, muy frecuentemente, no tiene el derecho de unirse, según su corazón ansía, y por distantes que sean sus clases, fraternizan las dos en la misma esclavitud. La razón de Estado, las conveniencias y los intereses políticos, disponen á su antojo de la existencia y del alma de una mujer; la heredera de un trono está destinada á tal esposo, y desgraciada de ella si, enérgica y apasionada, busca y encuentra el amor en otra parte; desgraciado también de aquel á quien ella haya escogido.

Un asunto novelesco que es en la actualidad comentado en la corte de San Petersburgo, acaba de resucitar los más célebres y más trágicos amores contrariados. La gran duquesa Elena, hija del gran duque Vladimiro, que estaba destinada al general Luis Bonaparte, se enamoró de un joven estudiante ruso. Con el fin de ganar la frontera huyó con el elegido de su corazón; pero detenida en Varsovia, ha sido separada del hombre que amaba, y mientras era conducida otra vez á San Petersburgo, el estudiante tomaba el camino de la Siberia escoltado por cosacos...

He ahí dos seres humanos á quienes se rehúsa el derecho de amar y de unirse; he ahí una mujer á quien se le prohíbe ser una esposa enamorada, feliz y libre, un ser consciente que se entrega con gusto al que ama. Ella debió decirse: «Yo soy un corazón, un alma, una voluntad, y no una cosa; debo, pues, poder disponer de mi misma, de mi persona, buscar el compañero de mi existencia, tengo el derecho de amar»... Pero ¡ay!, ese supremo esfuerzo verificado hacia la libertad, hacia la verdadera vida, ha naufragado miserablemente.

La autoridad á la cual esa mujer ensayó el sustraerse, ha caído más tiránica sobre su persona, y ha hecho una esclava de la mujer libre que soñaba ser. Hasta el momento de huir con el novio escogido por ella, creía ser dueña de su propio destino; pero una voluntad todopoderosa ha venido á sumergirla nuevamente en la esclavitud, castigando de paso al que no cometió otro delito que ser amado por una princesa. Esto es un inconcebible ultraje á la dignidad humana, á los derechos esenciales y primordiales de la criatura pensante; digan lo que quieran los que están conformes con el modo de ser de la actual sociedad.

Este esfuerzo hecho por una mujer para conquistar su parte de dicha y de verdad, rompiendo las múltiples y tenaces ligaduras de los prejuicios sociales y de las conveniencias políticas, aparece como una forma particular—y no la menos interesante—de la necesidad de libertad que subleva la juventud de Rusia. Altas preocupaciones humanitarias pueden agitar á los estudiantes de las Universidades rusas, pero la gran duquesa Elena reivindica su derecho de mujer, el derecho de entregarse al hombre que ella escoja. Si la manifestación es otra, el principio es exactamente el mismo. Este derecho que una autoridad arbitraria desconoce, reduce, para nosotros, todos los demás; es la señal más alta y más clara de nuestra libertad y también de nuestro valor moral. La mujer que elige conscientemente el compañero de su vida, que no deja pesar sobre su corazón ni sobre su espíritu ninguna influencia extraña, orienta su destino hacia la mayor suma de belleza, de fuerza y de valentía posible; es un hermoso ejemplo de valor y de lealtad, que se emancipa y eleva por sí misma.

Denegarle este derecho sagrado, es mantenerla en la humillación y en la esclavitud, es reconocerla apenas una conciencia y un alma. Amar y pensar son libertades imprescriptibles que ningún decreto podrá nunca ahogar, aunque en apariencia lo parezca.

Este ensayo de rebelión amorosa, por novelesco que sea, es una señal de los tiempos que no debe ser olvidada, y que una represión bárbara no impedirá de ninguna manera el que sea significativa. Se manifiesta, sin duda, ligando con los sentimientos secretos de una gran parte de la nación rusa, siendo la manifestación exaltada, apasionada. En todos tiempos los hombres han hecho las revoluciones con su cerebro, y las mujeres con su corazón.

JUANA H. CARUCHET